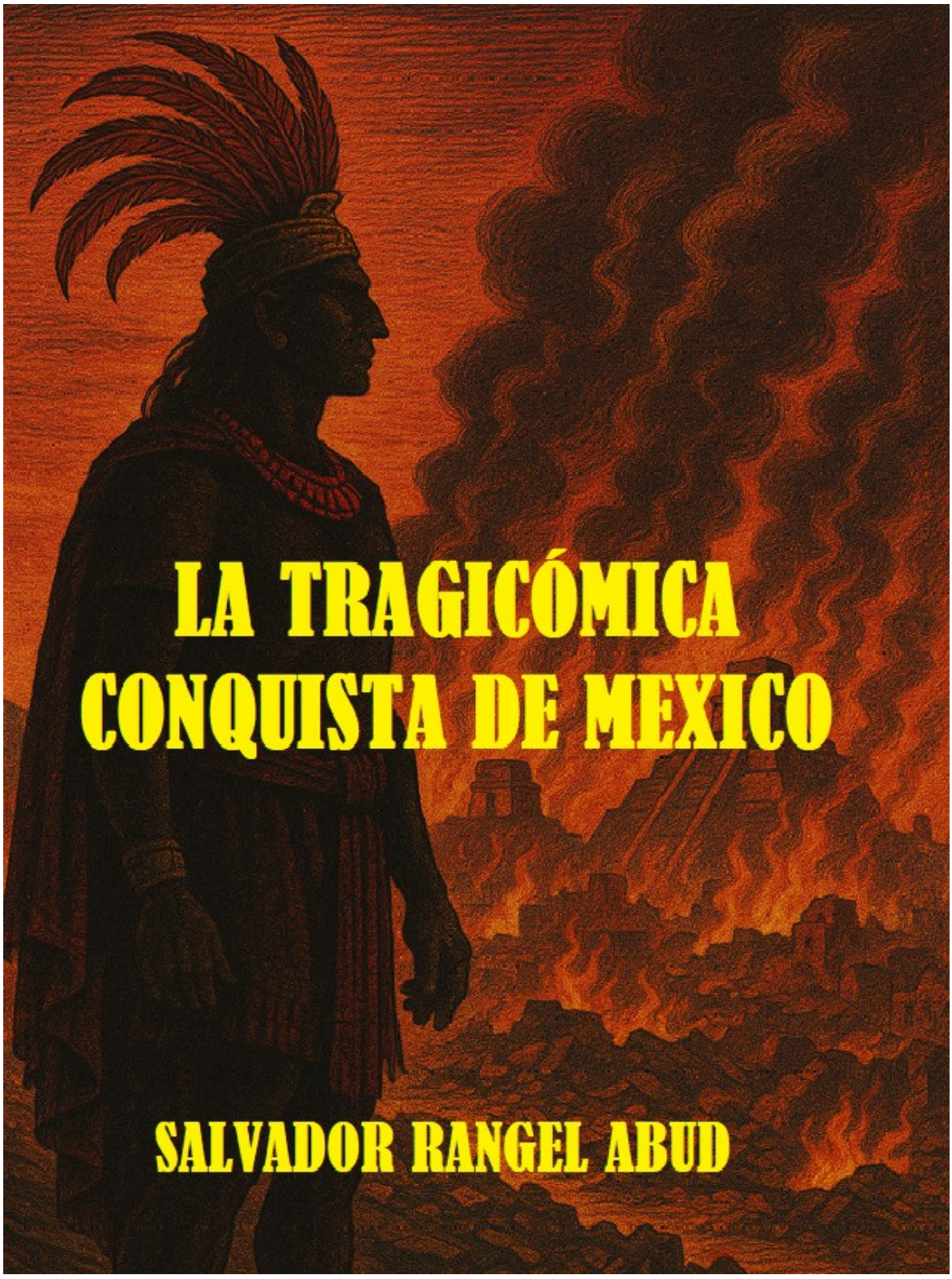
LA TRAGICÓMICA
CONQUISTA DE MEXICO
SALVADOR RANGEL ABUD

LA TRAGICÓMICA CONQUISTA DE MÉXICO
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Nadie ignora la historia de la conquista de México. Se enseña en las escuelas, se declama en los actos cívicos y se discute en las sobremesas como si fuera un pariente lejano que todos juran haber conocido. Los manuales la presentan con solemnidad y fechas exactas: 1519, la llegada; 1521, la caída. Todo parece claro, cerrado, inevitable.

Sin embargo, entre esas dos fechas se esconde un caudal de absurdos, malentendidos y pequeñas decisiones humanas que, observados con cuidado, componen una comedia digna de los mejores dramaturgos. La tragedia vino después, cuando se quiso volver seria la risa que había en el fondo de todo aquello.

El narrador es Tlamixtequiliztli, caballero águila encerrado en Texcoco que escribe desde su celda en un idioma que todavía le cuesta, apilando cuadernos bajo las tablas del piso, contando una historia que nadie le pidió pero que necesitaba sacar antes de que le pudriese por dentro. A través de su mirada, desfilan Hernán Cortés — ese hidalgo extremeño con alma de abogado y hambre de emperador —, Moctezuma — que pasó de dios a prisionero sin cambiar de palacio —, Malintzin — la señora que hizo de las palabras un arma de sobrevivencia — y una multitud de hombres y mujeres que solo querían salvar la vida o venderla al mejor postor.

La tragicómica conquista de México no es un alegato ni una elegía. Es una invitación a mirar la Conquista como lo que fue: una empresa humana donde el heroísmo y la estupidez marcharon tomados del brazo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En esta novela el autor se aleja deliberadamente del registro científico de otras obras para adentrarse en la sátira histórica con una voz que combina rigor documental y humor corrosivo. La elección de un narrador indígena que escribe en secreto desde la derrota impone a la historia una distancia irónica que ningún cronista oficial podría permitirse: la de quien lo vio todo y sobrevivió para reírse, con tristeza, de lo que vio.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La tragicómica conquista de México

Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Sátira histórica / Novela crónica costumbrista / Comedia negra

Extensión: ~19,700 palabras aproximadamente
Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo
Ambientación: México-Tenochtitlan y Texcoco, siglo XVI
Idioma: Español
Año de publicación: 2026
Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto
Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

No hay herejía mayor que reírse de los mitos nacionales. Y sin embargo, ¿qué otra forma queda de entenderlos?

Escribí esta novela convencido de que la solemnidad con que México trata su conquista es, en sí misma, parte del problema. Los hechos son conocidos, las interpretaciones están calcificadas y los personajes llevan siglos convertidos en estatuas. Lo que falta es lo que siempre falta cuando algo se petrifica en mito: la risa, el absurdo, la torpeza humana que estuvo ahí desde el principio y que los libros de texto decidieron ignorar.

Tlamixtequiliztli escribe desde la derrota pero no desde la amargura. Escribe desde la ironía de quien entiende que los vencedores también improvisaron, que los dioses tampoco respondían y que, en el fondo, todo aquel teatro de la historia fue protagonizado por personas que no sabían muy bien qué estaban haciendo. Eso no los absuelve. Pero los hace, al fin, humanos.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

conquista de México · sátira histórica · Hernán Cortés · Moctezuma · Malintzin · Tenochtitlan · narrador indígena · comedia negra · siglo XVI ·

historia de México · novela en español · crónica costumbrista · ironía · humor histórico · Texcoco

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela opera en la grieta entre la historia oficial y la experiencia vivida: la Conquista como teatro del absurdo donde nadie tenía el guion completo y todos improvisaron; la voz del vencido como perspectiva que la crónica colonial siempre silenció y que aquí recupera su ironía intacta; Cortés y Moctezuma no como héroes ni demonios sino como personas extraviadas en circunstancias que los superaban; Malintzin como figura que la historia ha juzgado de todos los modos posibles menos desde su propia lógica de sobrevivencia; Cholula, la Noche Triste y el sitio final como episodios que la solemnidad convirtió en monumentos y la novela devuelve a su dimensión de caos humano; y el epílogo de Tlamixtequiliztli como imagen del México colonial que aprendió a fingir normalidad sin rendirse por dentro.

CITAS DESTACADAS

"La tragedia vino después, cuando se quiso volver seria la risa que había en el fondo de todo aquello."

"Hernán Cortés, ese hidalgo extremeño con alma de abogado y hambre de emperador, no sabía si conquistaba un continente o si simplemente huía de su jefe."

"Moctezuma, emperador de la ciudad más espléndida de su tiempo, pasó de dios a prisionero sin cambiar de palacio."

"Las campanas de la iglesia llaman a vísperas. Son las mismas campanas que fundieron con bronce de nuestros instrumentos ceremoniales. Todo se recicla en este mundo nuevo. Hasta el sonido de nuestro pasado sirve para convocar su presente."

"Fingiré que todo esto es normal. Sonreiré cuando deba sonreír. Seré invisible, útil, inofensivo."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *La tragicómica conquista de México* un territorio narrativo cercano, con la voz propia de su autor.

Carlos Fuentes (*La muerte de Artemio Cruz, Terra Nostra*): la historia de México revisitada desde una perspectiva que no acepta las versiones oficiales y que encuentra en la ironía su instrumento más afilado.

Eduardo Galeano (*Memoria del fuego*): la crónica de la conquista americana narrada desde los márgenes, con la precisión del historiador y la libertad del escritor.

Augusto Monterroso: la tradición latinoamericana del humor negro breve y certero que dice más en una página que muchos en un volumen.

Homero Aridjis (*Memorias del Nuevo Mundo*): la voz indígena recuperada como punto de vista narrativo que transforma radicalmente la comprensión de los mismos hechos.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su registro más decididamente satírico e histórico: donde otras obras exploran el presente desde la ciencia o la psicología, *La tragicómica conquista de México* mira hacia el pasado fundacional del país con la única herramienta que puede devolverle su verdad: la risa.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Tlamixtequiliztli elige el humor como modo de procesar la derrota. ¿Es la ironía una forma de resistencia o una manera de sobrevivir sin resistir?

La novela trata a Cortés, Moctezuma y Malintzin como personas que improvisaron sobre la marcha. ¿Cambia esa humanización nuestra forma de juzgar moralmente la Conquista?

El capítulo 5 se titula "Quienes odiaban más a los mexicas que a los españoles". ¿Qué dice ese título sobre la complejidad de las alianzas que hicieron posible la Conquista?

Cholula aparece como "la ciudad que eligió morirse rápido". ¿Qué implica esa formulación sobre la agencia de las víctimas en la historia?

El epílogo muestra a Tlamixtequiliztli fingiendo normalidad en la administración colonial. ¿Es ese final una derrota, una forma de victoria silenciosa, o algo que no cabe en ninguna de las dos categorías?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *La tragicómica conquista de México.* Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *La tragicómica conquista de México.* Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *La tragicómica conquista de México.* Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista,

el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria y —como demuestra esta entrega— la sátira histórica narrada desde la perspectiva del vencido. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una pregunta que *La tragicómica conquista de México* formula desde su primera página y no responde del todo, porque no puede responderse del todo: ¿qué queda cuando el mundo que conocías desaparece y el que lo reemplaza te necesita vivo pero no libre?

Tlamixtequiliztli escribe en secreto, en un idioma que no es el suyo, sobre hechos que nadie le pidió recordar. No escribe para la posteridad ni para la justicia — escribe para no pudrirse por dentro. Esa es, quizás, la forma más antigua y más persistente de resistencia: la de quien guarda la memoria bajo las tablas del piso y sigue sonriendo cuando toca sonreír.

Esta novela es, en el fondo, un homenaje a esa resistencia. Y una invitación a no tomarse demasiado en serio la solemnidad con que los países cuentan sus propios orígenes.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 · wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

LA TRAGICÓMICA CONQUISTA DE MÉXICO

INDICE

Prólogo
Capítulo 1. El águila que cayó del nopal
Capítulo 2. Los hombres que venían con truenos
Capítulo 3. Moctezuma el indeciso
Capítulo 4. Los barbados y la señora que hablaba de todo
Capítulo 5. Quienes odiaban más a los mexicas que a los españoles
Capítulo 6. Cholula: la ciudad que eligió morirse rápido
Capítulo 7. El dios prisionero de los hombres
Capítulo 8. La noche más triste de los demás
Capítulo 9. El sitio de los despojos
Capítulo 10. Las ruinas del porvenir
Epílogo

Prólogo

Nadie ignora la historia de la conquista de México. Se enseña en las escuelas, se declama en los actos cívicos y se discute en las sobremesas como si fuera un pariente lejano que todos juran haber conocido. Los manuales la presentan con solemnidad y fechas exactas: 1519, la llegada; 1521, la caída. Todo parece claro, cerrado, inevitable. Sin embargo, entre esas dos fechas se esconde un caudal de absurdos, malentendidos y pequeñas decisiones humanas que, si uno los observa con cuidado, componen una comedia digna de los mejores dramaturgos. La tragedia vino después, cuando se quiso volver seria la risa que había en el fondo de todo aquello.

Esta historia, por tanto, no pretende corregir la versión oficial ni ofrecer una nueva verdad. Lo que intenta es algo mucho más difícil: devolverle el asombro y la risa a un episodio que el tiempo petrificó en solemnidad. No hay herejía mayor que reírse de los mitos nacionales, y sin embargo, ¿qué otra forma queda de entenderlos? Los hechos son conocidos: un puñado de hombres cruza el mar, un imperio los recibe con flores y termina en ruinas. Pero entre ambos extremos se extiende la gran zona gris donde habita el ser humano con sus pequeñas glorias y sus grandes torpezas.

A los protagonistas de esta tragicomedia se les ha llamado héroes o demonios, según el gusto de quien narra. Aquí serán lo que fueron: personas que improvisaron sobre la marcha, que mintieron por necesidad, que creyeron en dioses que ya no los escuchaban y en reyes que jamás los conocerían. Hernán Cortés, ese hidalgo extremeño con alma de abogado y hambre de emperador, no sabía si conquistaba un continente o si simplemente huía de su jefe. Moctezuma, emperador de la ciudad más espléndida de su tiempo, pasó de dios a prisionero sin cambiar de palacio. Malintzin, la señora que hablaba de todo, hizo de las palabras un arma de sobrevivencia. Y entre ellos, invisible en los libros y

omnipresente en los hechos, se movía una multitud de hombres y mujeres que solo querían salvar la vida o venderla al mejor postor.

El escenario no podría ser más deslumbrante: un imperio construido sobre lagos y presagios, donde las calles eran canales y los templos se medían en sacrificios. Un mundo donde el tiempo se dividía en ciclos de destrucción y renacimiento, y donde cada derrota se explicaba como deuda con los dioses. En ese orden minucioso, la llegada de los extranjeros fue un accidente que nadie supo interpretar. Los sacerdotes vieron signos en el cielo, los mercaderes vieron nuevas oportunidades y los guerreros, por fin, una guerra que no parecía flor ni ritual. La confusión fue tan grande que todos tuvieron razón y nadie la tuvo por completo.

Por su parte, los recién llegados venían de un mundo que también acababa de reinventarse. Eran hijos de la Reconquista, curtidos en guerras santas y pleitos de aldea. Algunos habían estudiado en Salamanca, otros no sabían escribir su nombre, pero todos compartían una fe inquebrantable en el oro y en la voluntad divina, que a menudo confundían. Cruzaron el mar con espadas, cruces y un puñado de caballos, convencidos de que el mundo se les había quedado pequeño. Cuando pisaron las costas del Golfo y vieron el primer templo mesoamericano, no dudaron: era el demonio o era Babilonia, y en ambos casos había que tomar posesión.

Este libro no es, pues, un alegato ni una elegía. Es una invitación a mirar la Conquista como lo que fue: una empresa humana donde el heroísmo y la estupidez marcharon tomados del brazo. No hay buenos ni malos absolutos, sino personajes extraviados en el gran teatro del destino. Algunos pelearon por la gloria, otros por la comida, y unos cuantos por el simple gusto de desobedecer. En medio de ellos se alza la voz del narrador, un caballero águila llamado Tlamixtequiliztli, que desde su celda en Texcoco observa retrospectivamente el desastre y se pregunta si todo aquello valía la pena o si no habría sido mejor dejar que los dioses cumplieran su rutina de destruir el mundo y empezar de nuevo.

Tlamixtequiliztli no es héroe ni víctima, sino cronista involuntario de un absurdo colectivo. Su nombre, mezcla de lenguas y etnias, resume la confusión que nació de aquel encuentro. Habla con la ironía de quien ya ha perdido todo, incluso la fe en el sentido de las cosas. Su mirada convierte los grandes hechos en episodios domésticos y los discursos solemnes en conversaciones de taberna. En su voz se confunden el respeto por la memoria y el placer de la burla, porque solo riéndose puede soportarse lo que se recuerda.

El tono de esta historia no busca ridiculizar a nadie, aunque todos queden un poco en ridículo. En el fondo, la Conquista fue una sucesión de malentendidos que se tomaron demasiado en serio. Los conquistadores pensaban que traían la civilización y encontraron un orden más complejo que el suyo; los mexicas creían que enfrentaban a dioses y se toparon

con mercaderes armados. Entre tanto, el azar hizo de las suyas: una tormenta, una epidemia, una palabra mal traducida bastaban para cambiar el rumbo de la historia. Si algo enseña esta narración es que los grandes destinos suelen depender de pequeños descuidos.

Quien espere encontrar aquí la versión heroica o la trágica quedará decepcionado. Esta es la versión cómica, que no excluye la tragedia sino que la ilumina desde otro ángulo. La risa, en este caso, no es frivolidad sino forma de resistencia: una manera de mirar de frente al desastre sin rendirle culto. Reírse de la Conquista es devolverle su condición humana, arrancarla del altar y ponerla otra vez en el mercado, donde siempre perteneció. Y si el lector se sorprende riendo de lo que antes le parecía solemne, habremos cumplido el propósito.

El escenario está dispuesto: una ciudad flotante que cree ser eterna, un puñado de aventureros que creen ser inmortales y un narrador que sabe que ninguno lo era. En ese triángulo de fe, codicia y desconcierto se juega la historia que está por contarse. No hay moraleja, apenas el eco de una pregunta: ¿qué otra cosa podía ocurrir cuando dos mundos tan distintos se encontraron y, en lugar de entenderse, se malinterpretaron con entusiasmo?

Así comienza esta tragicómica conquista, que no promete redención ni venganza, sino solo la extraña satisfacción de mirar la historia desde el lado donde aún se puede reír.

Capítulo 1

El águila que cayó del nopal

Me llamo Tlamixtequiliztli, que en la lengua de mis abuelos significa algo así como —el que mezcla las cosas con moderado entusiasmo—, y escribo estas líneas desde mi celda en Texcoco, donde llevo ya tantos años que he perdido la cuenta, aunque no las ganas de contarle a alguien —quien sea— cómo fue que el mundo se acabó sin que nadie se diera cuenta a tiempo. Fui caballero águila, lo cual suena más impresionante de lo que era: básicamente me dedicaba a capturar prisioneros para las ceremonias religiosas, una profesión que combinaba el atletismo con la teología y que, mal que bien, me permitía pagar mis deudas. O al menos postergarlas.

Todo comenzó —si es que algo tan grande puede tener un comienzo preciso— con los presagios. Ah, los presagios. Si hubiera sabido entonces que los presagios eran el pasatiempo favorito de los sacerdotes ociosos, me habría ahorrado mucho sufrimiento. Pero en aquel tiempo, antes de que los barbados llegaran con sus caballos y sus ideas extrañas sobre quién debía gobernar, yo todavía creía en esas cosas. Créanme, la fe es como la juventud: uno solo nota que la perdió cuando ya es demasiado tarde para recuperarla.

El primer presagio llegó diez años antes de los españoles, o al menos eso dijeron después los que necesitaban justificar por qué no hicimos nada cuando aún había tiempo. Una columna de fuego apareció en el cielo nocturno, según contaban, ancha en la base y puntiaguda en la cima, —como una espiga ardiente—, decían los poetas. Yo no la vi —estaba ocupado en una emboscada a unos mercaderes de Cholula que debían tres años de tributo— pero al regresar a Tenochtitlan todo el mundo hablaba del asunto. Los sacerdotes corrían de un templo a otro interpretando señales, los astrónomos revisaban sus calendarios con expresión grave, y Moctezuma, nuestro ilustre tlatoani, mandó llamar a todos los magos del reino para que le explicaran qué significaba aquello.

La respuesta, como siempre en estos casos, fue tan clara como el fondo de un cenote: —Significa que algo va a pasar—. Magnífico. Por eso les pagábamos en cacao y mantas finas.

Luego vinieron los otros presagios, uno detrás de otro, como si el universo hubiera decidido convertirse en poeta apocalíptico. El templo de Huitzilopochtli se incendió solo, sin que nadie supiera cómo ni por qué. Yo estaba de guardia esa noche y puedo decir con autoridad que nadie vio nada sospechoso, pero eso no impidió que los sacerdotes inventaran veinte teorías diferentes, todas igualmente inútiles. El agua del lago hirvió sin causa aparente. Un cometa cruzó el cielo de día, lo cual hasta yo admito que era raro. Una mujer —o un fantasma, según quién contara la historia— comenzó a recorrer las calles por las noches gritando: —¡Ay, mis hijos! ¿A dónde los llevaré?— Lo cual era inquietante, desde luego, pero también un poco melodramático para mi gusto.

El presagio que más me divirtió fue el del pájaro ceniciento con un espejo en la cabeza. Según la versión oficial, unos pescadores capturaron un ave extraña y se la llevaron a Moctezuma, quien miró en el espejo que el pájaro tenía por corona y vio... el futuro. O el pasado. O el presente en otra dimensión. Las versiones varían. Yo tengo mi propia teoría: alguien en palacio estaba experimentando con hongos ceremoniales y tuvo una revelación que después todos debimos tomar en serio para no ofenderlo.

Pero lo verdaderamente cómico —si se puede usar esa palabra para describir el preludio de una catástrofe— era la reacción de Moctezuma. Nuestro emperador, que había conquistado medio mundo conocido, que recibía tributos de cuarenta provincias, que podía mandar ejecutar a quien le pareciera sin dar explicaciones, se pasaba las noches en vela consultando códices antiguos y preguntándoles a los sabios qué iba a pasar. Como si alguien supiera. Como si el futuro fuera algo que se pudiera leer en un libro.

Yo lo vi una vez, en una de esas ceremonias interminables donde los nobles debíamos estar presentes para fingir que nos importaba. Moctezuma tenía la mirada perdida de quien ha dormido poco y pensado demasiado. Estaba rodeado de consejeros que le decían exactamente lo que él quería oír: que los presagios eran solo coincidencias, que el

imperio era eterno, que los dioses nos protegían. Mentiras reconfortantes, el combustible básico de todo gobierno.

La verdad, que nadie se atrevía a decir en voz alta, era que el imperio mexica funcionaba sobre cimientos cada vez más frágiles. Sí, teníamos la ciudad más grande y hermosa del mundo. Sí, nuestros ejércitos eran temidos desde el mar hasta las montañas. Sí, el mercado de Tlatelolco era un prodigio donde se conseguía desde plumas de quetzal hasta esclavos recién capturados. Pero todo ese esplendor se sostenía con tributos cada vez más pesados, con guerras cada vez más frecuentes, con sacrificios cada vez más numerosos. Y con cada nueva conquista, ganábamos más enemigos que amigos.

Yo lo sabía bien porque pasaba buena parte de mi tiempo capturando prisioneros para alimentar el apetito insaciable de los dioses. O del Estado. O de ambos, que ya para entonces era difícil distinguirlos. Las Guerras Floridas, ese invento genial de nuestros antepasados, se habían convertido en una industria de muerte ritualizada. Tlaxcala, Cholula, Huexotzingo: todos ellos proporcionaban —voluntarios— para nuestras ceremonias. Voluntarios que, curiosamente, siempre intentaban escapar cuando los llevábamos a la piedra de los sacrificios.

El sistema funcionaba así: nosotros los capturábamos, ellos nos capturaban, y todos fingíamos que era por razones religiosas y no porque necesitábamos justificar los presupuestos militares. Había toda una burocracia dedicada a organizar estos espectáculos. Funcionarios que llevaban cuenta de cuántos prisioneros había por ciudad. Sacerdotes que calculaban cuántos sacrificios se necesitaban para cada ceremonia. Arquitectos que diseñaban templos cada vez más altos para que se viera mejor la sangre cayendo por las escalinatas. Era, en retrospectiva, un sistema perfectamente racional para algo completamente absurdo.

Pero yo era joven entonces, o cuando menos, no tan viejo como ahora, y creía en el orden de las cosas. Creía que los dioses necesitaban sangre para que el sol saliera cada mañana. Creía que el imperio mexica era eterno porque siempre había estado ahí, en el centro del mundo, rodeado de agua y de pueblos que nos odiaban pero nos obedecían. Creía, sobre todo, que los presagios eran solo eso: presagios, no realidades.

Mi vida en aquellos días era previsiblemente rutinaria. Me levantaba al alba, hacía mis ejercicios militares, asistía a las ceremonias obligatorias donde había que fingir fervor religioso, y por las tardes me reunía con otros caballeros águila en el calmécac para discutir estrategias de captura y beber pulque de contrabando. Teníamos deudas con medio Tenochtitlan —los prestamistas nos cobraban intereses que habrían hecho sonrojar a un comerciante fenicio— pero también teníamos prestigio, que en esa época era una moneda tan valiosa como el jade.

La ciudad, vista desde las terrazas del Templo Mayor, era un espectáculo que nunca dejaba de asombrarme. Las calzadas rectas como flechas cruzando el lago, las canoas deslizándose entre las chinampas, los

palacios blancos reflejándose en el agua. Cuando el sol se ponía y las antorchas se encendían una por una, Tenochtitlan parecía una constelación caída sobre el lago. Era hermosa, ordenada, eterna. O al menos eso creíamos.

Los rumores sobre hombres extraños llegando por el mar comenzaron como un chisme más entre muchos. Los mercaderes que venían de la costa contaban historias extravagantes: había visto unas —montañas flotantes— en el horizonte. Otros hablaban de seres con piel del color de la masa de maíz crudo, que vestían conchas de metal y montaban venados gigantes. Había quien juraba haber visto armas que escupían fuego y truenos. Tonterías, pensábamos. Invenciones de mercaderes aburridos que querían vender mejor sus caracoles y plumas.

Pero los rumores no cesaban. Llegaban emisarios de los totonacas, de los pueblos de la costa, todos repitiendo variaciones de la misma historia increíble. Moctezuma mandó espías, por supuesto. Yo no fui uno de ellos, gracias a los dioses, pero conocí a algunos cuando regresaron. Venían pálidos —lo cual es difícil para gente de nuestra complexión— y repetían una y otra vez: —Son reales. Los hombres barbados son reales—.

La corte entró en lo que solo puedo describir como pánico educado. Se multiplicaron las reuniones secretas, las consultas con magos, las ceremonias de adivinación. Los sacrificios se incrementaron, como si matar a más gente pudiera hacer desaparecer el problema. Los sacerdotes debatían si estos extranjeros eran dioses, demonios o simplemente hombres muy perdidos. Moctezuma, según los rumores que corrían entre la guardia palaciega, pasaba noches enteras sin dormir, revisando profecías antiguas sobre el regreso de Quetzalcóatl.

Yo, por mi parte, tenía preocupaciones más inmediatas. Me debían cuatro meses de salario, mis acreedores amenazaban con llevarme ante el tribunal de comercio, y acababa de recibir orden de participar en una expedición punitiva contra un pueblo que había dejado de pagar tributo. Los hombres barbados, dioses o no, me parecían un problema distante. El hambre y las deudas eran mucho más urgentes.

Qué equivocado estaba. Pero eso lo descubriría pronto, cuando me ordenaran unirme a la comitiva que iría a las costas a ver qué querían exactamente esos extranjeros con sus montañas flotantes y sus venados imposibles. Por ahora, en mi celda de Texcoco, con el sol poniente colándose por la ventana enrejada, miro hacia atrás y me pregunto: ¿habría cambiado algo si hubiéramos entendido los presagios? ¿O estábamos destinados a caer de todos modos, como el águila que se cansa de sostener la serpiente y termina cayéndose del nopal?

La respuesta, me temo, es tan clara como aquellos primeros presagios: algo iba a pasar. Y pasó.

Capítulo 2

Los hombres que venían con truenos

La primera descripción seria de los extranjeros llegó a Tenochtitlan en forma de un informe oficial redactado por un funcionario totonaca que, como buen burócrata, lo había llenado de adjetivos inútiles y datos contradictorios. Decía, si mal no recuerdo: —Hombres de estatura regular, piel semejante a la cal sin quemar, pelo en la cara como musgo de árbol, vestimentas de metal que brillan al sol y hacen ruido al caminar —. Hasta ahí todo iba bien, dentro de lo absurdo. Pero luego añadía: —Montan animales grandes como casas, con patas de venado y cabeza de serpiente—. Lo cual ya era exagerado incluso para un informe oficial.

El documento circuló por la corte generando más confusión que claridad. Los nobles lo leían en voz alta en las reuniones, cada uno interpretándolo según su conveniencia. Los sacerdotes dijeron que los extranjeros eran emisarios de Quetzalcóatl, lo cual convenía a su departamento porque así justificaban más ceremonias. Los generales dijeron que eran invasores bárbaros, lo cual convenía al suyo porque así justificaban más presupuesto militar. Los comerciantes, con su habitual pragmatismo, dijeron que probablemente traían cosas para vender. Todos tenían razón y nadie la tenía.

Moctezuma, después de leer el informe por décima vez, decidió que necesitaba información de primera mano. Y ahí, por una de esas ironías del destino que tanto abundan en esta historia, entré yo. El jefe de mi división, un viejo guerrero llamado Tlacahuepan que me odiaba cordialmente desde que le gané una apuesta sobre cuántos prisioneros podía capturar en una tarde, me convocó a su oficina con una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—Tlamixtequiliztli—, me dijo, pronunciando mi nombre con ese desprecio especial que reservaba para sus subordinados, —el tlatoani necesita observadores en la costa. Gente inteligente, discreta, que sepa distinguir entre lo real y lo imaginario—. Hizo una pausa para mirarme de arriba abajo. —No tengo a nadie así disponible, pero tú irás de todos modos—.

Y así fue como me convertí en espía involuntario del imperio. Me dieron un presupuesto ridículo para el viaje, dos acompañantes que parecían más interesados en desertar que en servir al Estado, y unas instrucciones tan vagas que básicamente se resumían en: —Ve y mira, pero no te dejes ver—. Excelente plan.

El viaje a la costa tomó dos semanas, durante las cuales tuve tiempo sobrado para arrepentirme de todas las decisiones que me habían llevado hasta ese punto. Cruzamos montañas donde hacía tanto frío que mis acompañantes juraban ver sus almas salir en forma de vapor. Atravesamos pueblos donde la gente nos miraba con esa mezcla de respeto y resentimiento que los tributarios reservan para los representantes del poder central. En uno de ellos, un mercader viejo me dijo: —Si vienen a cobrar, ya no tenemos nada. Si vienen a llevarse gente

para los sacrificios, tampoco. Y si vienen a preguntar por los hombres barbados, mejor váyanse antes de que ellos vengan a buscarlos—.

Mensaje recibido.

Llegamos a la costa un día de calor húmedo que hacía que la armadura ceremonial que llevaba se sintiera como una cárcel portátil. El pueblo totonaca donde nos alojamos —Cempoala, creo que se llamaba— era una mezcla caótica de nerviosismo y especulación. La gente hablaba de los extranjeros como si fueran el tema de moda, que de hecho lo eran. Cada quien tenía su propia versión de los hechos, y todas eran diferentes.

Un pescador me juró que había visto las —casas flotantes— de los extranjeros. —Son como templos que navegan—, dijo, lo cual no ayudaba mucho a visualizar el asunto. Otro me contó que los hombres de metal podían matar a distancia con varas que escupían fuego. Una anciana, vendedora de tamales con evidente talento para el drama, me aseguró que los extranjeros no comían comida normal sino solo —agua quemada — y que sus perros ——del tamaño de un jaguar—— se alimentaban exclusivamente de carne humana.

Lo fascinante era cómo cada versión se volvía más extravagante con cada repetición. Un rumor que comenzaba siendo —trajeron objetos de metal— terminaba siendo —trajeron armaduras que los hacen invencibles—. Una observación como —hablan una lengua extraña— se transformaba en —hablan el idioma de los dioses—. Era como ver el proceso de creación de un mito en tiempo real, y debo admitir que tenía cierto encanto perverso.

El cacique local, un hombre gordo —muy gordo, memorablemente gordo — que sudaba incluso cuando no hacía calor, me recibió con la hospitalidad forzada que los vasallos reservan para los representantes del imperio. Me ofreció comida, bebida y un discurso interminable sobre lo difíciles que eran los tiempos y lo injustos que eran los tributos. Cuando finalmente se cansó de quejarse, le pregunté directamente sobre los extranjeros.

—Ah—, dijo, abanicándose con una hoja de palma, —los teules—. Así los llamaba. Dioses o demonios, la palabra servía para ambos. —Han venido tres veces ya. La primera fue hace dos años. Llegaron, miraron, se fueron. La segunda vez, el año pasado, se quedaron más tiempo. Hicieron preguntas, tomaron cosas, dejaron otras. Esta tercera vez...— Se detuvo para tomar aire, o tal vez para crear suspenso. —Esta tercera vez son más. Muchos más. Y han construido un pueblo en la playa—.

Eso no estaba en ningún informe. —¿Un pueblo?—, pregunté.

—Con casas de madera y una cruz enorme en el centro. Dicen que es su dios. Una cruz. Sin cabeza, sin brazos, sin piernas. Solo dos palos cruzados—. Negó con la cabeza. —Raros son estos teules—.

Al día siguiente fui a verlos. O más bien fui a espiarlos desde una distancia prudente, porque mis instrucciones eran observar sin ser visto,

y yo no tenía ganas de terminar como anécdota en el informe de alguien más. Me escondí en una colina cercana a su campamento, entre arbustos que olían a mar y a humedad, y pasé horas mirando.

Y efectivamente, ahí estaban. Los hombres de metal. Los que montaban animales imposibles. Los que venían con truenos.

Lo primero que noté fue que no eran particularmente impresionantes físicamente. De estatura mediana, algunos más bajos que yo. La piel pálida, sí, pero no luminosa ni divina, solo pálida como quien no ha visto el sol en meses. Tenían pelo en la cara, lo cual era extraño pero no aterrador. Algunos eran flacos, otros gordos, algunos parecían enfermos. En resumen: parecían hombres normales con ropa rara.

La ropa, eso sí, era notable. Metal que cubría el pecho, el torso, a veces todo el cuerpo. Brillaba al sol de una manera hipnótica. Algunos llevaban telas rojas o azules, colores intensos que nunca había visto en prendas de vestir. Y todos, absolutamente todos, llevaban armas. Espadas largas de metal que reflejaban la luz. Lanzas más altas que un hombre. Y esas varas extrañas que, según los rumores, escupían fuego.

Los animales que montaban —que después supe se llamaban —caballos —— eran realmente impresionantes. Grandes, musculosos, con crines que ondeaban al viento. Cuando corrían, hacían temblar la tierra. Cuando relinchaban, sonaba como si protestaran contra la existencia misma. No eran monstruos, pero tampoco eran venados. Eran algo completamente nuevo, y eso los hacía aterradores.

Pero lo más perturbador no era su apariencia sino su comportamiento. Se movían con la confianza casual de quien está completamente seguro de sí mismo. No parecían preocupados, ni asustados, ni impresionados por dónde estaban. Construían su campamento con eficiencia militar. Organizaban guardias. Mantenían sus armas limpias. Uno de ellos, un hombre alto con barba oscura, daba órdenes que los demás obedecían sin discutir. Parecían... organizados. Peligrosamente organizados.

Los observé durante tres días. Vi cómo interactuaban con los totonacas locales, que les llevaban comida y regalos con esa mezcla de curiosidad y miedo que uno siente ante algo que no comprende. Vi cómo montaban sus caballos para practicar, haciendo que los animales corrieran en formación, giraran bruscamente, se detuvieran en seco. Vi cómo disparaban sus armas de trueno —arcabuces, los llamaban— haciendo agujeros en árboles a distancia. El ruido era ensordecedor. El humo, espeso y amargo. El efecto, devastador.

En mi tercer día de observación, casi me descubren. Uno de los extranjeros, un tipo flaco con ojos de hurón, se acercó peligrosamente a mi escondite. Llevaba uno de esos perros enormes que todos mencionaban, y el animal claramente había detectado mi olor. Comenzó a ladrar y a tirar de la cuerda que lo sujetaba. Su dueño miró hacia los arbustos donde yo estaba congelado, tratando de parecer parte del

paisaje. El perro seguía ladrando. El hombre se acercó más. Yo calculaba mis opciones: correr y revelar mi presencia, o quedarme quieto y rezar por que el perro tuviera un ataque de amnesia olfativa.

Entonces, por una de esas casualidades que salvan vidas, otro extranjero gritó algo en su lengua incomprensible, y el tipo del perro se dio vuelta y se alejó, arrastrando al animal que seguía ladrando en mi dirección. Respiré por primera vez en lo que parecieron horas.

Esa noche, de regreso en Cempoala, redacté mi informe. Intenté ser preciso, objetivo, útil. Describí su número —calculé unos quinientos, aunque era difícil contarlos con precisión—, su equipo, su disciplina. Expliqué que no parecían dioses sino hombres, hombres bien armados pero hombres al fin. Recomendé que se les observara con cautela pero sin pánico, que se negociara antes de combatir, que se averiguara qué querían exactamente.

Redacté tres versiones del informe. En la primera, fui completamente honesto. En la segunda, añadí algunos adjetivos que hacían que los extranjeros parecieran más impresionantes, porque sabía que Moctezuma quería drama. En la tercera, que fue la que finalmente envié, encontré un balance entre ambas: suficiente verdad para ser útil, suficiente exageración para ser creíble.

El informe salió hacia Tenochtitlan en manos de un corredor profesional que juró entregarlo en tres días. Yo me quedé en la costa una semana más, siguiendo órdenes, aunque ya sabía todo lo que había que saber. Vi cómo más totonacas visitaban el campamento extranjero. Vi cómo empezaban a intercambiar cosas: comida por baratijas de metal, información por sonrisas. Vi, en resumen, el inicio de una relación que cambiaría todo.

Lo que no vi, porque soy observador pero no profeta, era que aquellos hombres que venían con truenos traían algo mucho más peligroso que sus armas: traían la capacidad de convertir nuestras divisiones internas en su principal aliado. Los totonacas odiaban a los mexicas. Los tlaxcaltecas odiaban a los mexicas. Los cholultecas desconfiaban de los mexicas. Y todos, absolutamente todos, estaban dispuestos a escuchar a quien les prometiera libertad del tributo y del sacrificio.

Cuando regresé a Tenochtitlan, dos semanas después, encontré la ciudad sumida en lo que solo puedo describir como confusión institucionalizada. Mi informe había llegado, junto con otros informes de otros espías, y cada uno contradecía al anterior en detalles importantes. Unos decían que los extranjeros eran quinientos, otros que eran mil. Unos juraban que sus armas podían matar a cien hombres de un solo disparo, otros que el ruido era pura actuación. Unos aseguraban que eran inmortales, otros que los habían visto sangrar y quejarse como cualquier mortal.

En medio de esta marea de información contradictoria, Moctezuma tenía que decidir qué hacer. Y como buen gobernante atrapado entre la

prudencia y el pánico, decidió hacer lo que suelen hacer los gobernantes en tales casos: convocar una reunión.

Pero esa, como dicen los contadores de historias cuando quieren estirar el suspense, es materia del siguiente capítulo.

Capítulo 3

Moctezuma el indeciso

La reunión del Consejo Imperial convocada para discutir el asunto de los extranjeros duró siete horas, generó cuarenta y tres propuestas diferentes, y no resolvió absolutamente nada. Yo estuve presente porque necesitaban que alguien que hubiera visto a los barbados en persona confirmara detalles, aunque nadie realmente escuchaba lo que uno decía. Estaban demasiado ocupados escuchándose a sí mismos.

El salón de deliberaciones era una maravilla arquitectónica que servía perfectamente para que los poderosos se sintieran importantes. Techos altos con vigas pintadas, muros decorados con escenas de conquistas pasadas, y un piso tan pulido que uno podía ver su reflejo en él, lo cual era útil para los nobles que necesitaban verificar constantemente que sus tocados siguieran en su sitio. Moctezuma presidía desde una plataforma elevada, sentado en su icpalli —el trono imperial— que estaba cubierto con pieles de jaguar y cojines tan elaborados que probablemente valían más que mi salario de diez años.

Alrededor de él se sentaban los miembros del Consejo: sacerdotes con expresiones de gravedad ensayada, generales con cicatrices que exhibían como medallas, y burócratas con esa mirada calculadora de quien ha pasado más tiempo leyendo códices que viviendo la vida. También estaban los dos tlatoanis aliados: el señor de Texcoco, que tenía reputación de ser el hombre más sabio del imperio pero que ese día parecía principalmente aburrido, y el señor de Tlacopan, que apenas hablaba porque todos sabían que la Triple Alianza era doble en la práctica.

Moctezuma abrió la sesión con un discurso que había preparado cuidadosamente. Era un orador magnífico, hay que reconocerlo. Tenía esa combinación rara de erudición y carisma que hace que la gente escuche incluso cuando no dice nada sustancial. Habló sobre la responsabilidad del gobierno, sobre la tradición de consultar a los sabios antes de actuar, sobre la necesidad de prudencia en tiempos inciertos. Evitó cuidadosamente mencionar que llevaba semanas sin dormir y que había consultado a cuanto adivino, mago y lector de señales existía en un radio de cien kilómetros.

—Hemos recibido informes—, dijo, haciendo una pausa dramática, —de visitantes que han llegado a nuestras costas. Visitantes cuya naturaleza aún no comprendemos del todo—. Otra pausa. —El propósito de esta reunión es determinar cuál debe ser nuestra respuesta—.

Lo que siguió fue un desfile de opiniones contradictorias que habría sido cómico si no hubiera sido tan desesperante.

El Cihuacóatl —el segundo al mando del imperio, una especie de primer ministro con inclinaciones sacerdotales— habló primero. Era un hombre mayor, delgado como un junco, con una voz que sonaba como si estuviera perpetuamente resfriado. —Debemos considerar—, dijo, —que estos visitantes podrían ser manifestaciones divinas. Las profecías hablan del regreso de Quetzalcóatl en el año Ce Ácatl. Y este es precisamente Ce Ácatl—. Miró alrededor esperando que todos apreciáramos su investigación calendárica. —Sería imprudente, tal vez fatal, ofender a los dioses actuando con hostilidad—.

El general Cuitláhuac, hermano de Moctezuma y comandante de las fuerzas de Iztapalapa, no estuvo de acuerdo. Cuitláhuac tenía la sutileza de un macahuitl y la paciencia de un jaguar hambriento. —¿Dioses?—, gruñó. —Vi los informes. Comen, defecan, sangran. Los dioses no necesitan barcos ni armaduras. Son invasores, y debemos tratarlos como tales. Enviar un ejército, destruir sus campamentos, arrojar sus cuerpos al mar—. Lo dijo con tal convicción que varios consejeros asintieron antes de recordar que estaban en una reunión diplomática.

—¿Y si resisten?—, preguntó el señor de Texcoco con genuina curiosidad. —Los informes mencionan armas inusuales. Animales de guerra. Armaduras que nuestras armas no pueden penetrar fácilmente—.

—Entonces usaremos más hombres—, replicó Cuitláhuac, como si la cantidad resolviera cualquier problema militar. Lo cual, hay que admitir, había funcionado bastante bien en el pasado.

El Sumo Sacerdote de Huitzilopochtli —un hombre que siempre olía vagamente a copal y a autoridad— tenía otra perspectiva. —Si son dioses, debemos honrarlos con sacrificios. Si no son dioses, también debemos honrar a nuestros dioses con sacrificios. En cualquier caso, claramente la solución involucra más sacrificios—. Era notable cómo todos los problemas, vistos desde la perspectiva sacerdotal, se resolvían matando más gente en las pirámides.

Uno de los burócratas principales —un especialista en tributos con expresión permanentemente preocupada— planteó una cuestión práctica: —¿Qué hacemos con los pueblos costeros que ya están interactuando con estos extranjeros? Los totonacas, por ejemplo. Los informes sugieren que están... intercambiando cosas—.

—Traición—, dijo Cuitláhuac inmediatamente.

—Comercio—, corrigió el burócrata. —Que técnicamente no está prohibido, aunque admito que es irregular sin autorización imperial—.

La discusión continuó en círculos. Un consejero sugería esperar y observar. Otro proponía enviar embajadores con regalos. Un tercero recomendaba fortificar las costas. Un cuarto insistía en consultar más

agoreros. Todos tenían razones perfectamente lógicas para su posición, y todos se contradecían mutuamente.

Moctezuma escuchaba todo con expresión inescrutable. Ocasionalmente asentía. A veces fruncía el ceño. Tomaba notas en un códice que un escriba sostenía para él. Pero no decidía. Y mientras más opciones escuchaba, menos decidía.

Me llamaron para confirmar detalles. —¿Cuántos son exactamente?—, preguntó el Cihuacóatl.

—Entre cuatrocientos y seiscientos—, respondí. —Es difícil contarlos con precisión porque se mueven constantemente y algunos estaban en los barcos—.

—¿Y las armas de fuego? ¿Qué tan efectivas son?—

—Hacen mucho ruido y humo. Vi cómo perforaban árboles. La velocidad de disparo es lenta, tal vez un tiro cada... el tiempo que toma recitar una oración corta. Pero el impacto es considerable—.

—¿Te parecieron invencibles?—

Dudé. Era una pregunta trampa. Si decía que sí, validaba el pánico. Si decía que no, parecería que estaba minimizando la amenaza. —Parecían muy preparados para la guerra—, dije finalmente. —Pero no vi nada que sugiriera que fueran inmortales o sobrenaturales—.

Cuitláhuac aprovechó mi respuesta. —¿Ven? Son hombres. Hombres se pueden matar—.

El Sumo Sacerdote no estuvo de acuerdo. —Los dioses pueden adoptar formas mortales. La apariencia de vulnerabilidad podría ser una prueba —.

Y así seguían, rebotando entre la paranoia religiosa y el pragmatismo militar, sin llegar nunca a una conclusión.

Durante un receso —porque incluso los consejos imperiales necesitan pausas para que todos puedan ir al baño y conspirar en privado— observé a Moctezuma de cerca. Estaba en una terraza, mirando hacia el lago, con esa expresión distante que había desarrollado últimamente. Me acerqué con la excusa de ofrecerle agua, y alcancé a escuchar su conversación con su consejero más cercano, un noble anciano llamado Tlilpotonqui.

—No puedo decidir—, murmuró Moctezuma. No era una confesión, era una constatación. —Cada opción tiene sentido. Cada opción es desastrosa. Si ataco y son dioses, condeno al imperio. Si no ataco y son invasores, también lo condeno. Si negocio, parezco débil. Si no negocio, parezco arrogante—.

—Podrías—, sugirió Tlilpotonqui con cuidado, —hacer varias cosas a la vez. Enviar regalos mientras preparas defensas. Negociar mientras reúnes información. Honrar sus dioses mientras fortaleces a los nuestros —.

—Es decir, postergar la decisión—.

—Es decir, mantener abiertas todas las opciones hasta tener más claridad—.

Moctezuma suspiró. Era el suspiro de un hombre atrapado entre la tradición y la novedad, entre el protocolo y la urgencia. —Mi padre—, dijo, refiriéndose a Axayácatl, —conquistó cuarenta ciudades y nunca dudó. Mi tío Ahuízotl expandió el imperio hasta los límites conocidos del mundo. Y yo... yo convoco reuniones—.

No era autocompasión, era autocrítica. Y era, debo admitir, bastante preciso.

La reunión se reanudó y continuó hasta el anochecer. Las antorchas se encendieron. Los argumentos se repetían con ligeras variaciones. Algunos consejeros comenzaban a cabecear de sueño. Finalmente, Moctezuma levantó la mano pidiendo silencio.

—He decidido—, anunció, y todos se enderezaron esperando la gran resolución. —Enviaremos embajadores a la costa con regalos valiosos. Oro, plumas, mantas finas. Les expresaremos nuestra... curiosidad amistosa. Mientras tanto, los pueblos costeros recibirán instrucciones de no hostilizar a los visitantes pero tampoco facilitarles avance hacia el interior. Las guarniciones fronterizas se reforzarán discretamente. Y consultaremos nuevamente con los sacerdotes sobre el significado preciso de las profecías—.

Era, en resumen, una no-decisión. Era hacer todo y no hacer nada. Era la estrategia perfecta de un gobernante paralizado por el exceso de análisis.

Cuitláhuac parecía disgustado pero no dijo nada. El Cihuacóatl asentía con aprobación. Los sacerdotes lucían satisfechos porque les acababan de asegurar más trabajo. Los burócratas ya estaban calculando mentalmente los costos de los regalos y las implicaciones logísticas de reforzar guarniciones discretamente.

—Tlamixtequiliztli—, me llamó Moctezuma cuando el consejo terminaba de dispersarse, —irás con la embajada. Conoces a estos extranjeros. Podrás... observar sus reacciones—.

Excelente. De espía a diplomático involuntario. Mi carrera estaba alcanzando alturas que nunca había imaginado ni deseado.

Los siguientes días fueron un caos de preparativos. Se seleccionaron los regalos con meticulosidad obsesiva: tocados de plumas de quetzal que tomaban meses fabricar, discos de oro del tamaño de ruedas de molino, mantas tan finamente tejidas que parecían nubes solidificadas. Los embajadores principales serían nobles de alto rango que sabían recitar discursos elaborados sin respirar. Yo iría como —observador técnico—, un título que sonaba impresionante pero que básicamente significaba —el que carga cosas y toma notas—.

Lo irónico, pensaba mientras preparaba mi equipo para el viaje, era que Moctezuma había conquistado su indecisión mediante una decisión que garantizaba más indecisión. Los regalos llegarían, los extranjeros responderían, surgirían nuevas preguntas, se convocarían nuevas reuniones, y el ciclo continuaría hasta que algo —algo inevitable y probablemente terrible— obligara finalmente a tomar una decisión real.

Pero todavía no había llegado ese momento. Todavía había espacio para la diplomacia, para los gestos simbólicos, para la esperanza de que tal vez, solo tal vez, estos visitantes extraños aceptarían los regalos y se irían por donde habían venido.

Qué ilusos éramos. Pero eso lo descubriría pronto, cuando llegara a la costa y conociera al hombre que lideraba a los barbados: un hidalgo extremeño con sonrisa de prestamista y ambiciones de emperador, que se hacía llamar Hernán Cortés.

Capítulo 4

Los barbados y la señora que hablaba de todo

La embajada imperial llegó al campamento español con toda la pompa que nuestra tradición exigía y que, retrospectivamente, era completamente ridícula. Íbamos precedidos por tamborileros, portadores de incienso, y nobles que recitaban títulos y genealogías que a nadie le importaban. Los regalos venían en andas cargadas por cuarenta hombres, cubiertas con mantas para aumentar el suspenso. Era teatro puro, diseñado para impresionar, y probablemente habría funcionado con cualquier visitante que tuviera un mínimo de respeto por nuestras costumbres.

Los españoles nos miraron como quien mira un espectáculo de circo: con interés, algo de diversión, y calculando cuánto podían sacar de ello.

El líder de los barbados era inconfundible. Alto para su gente, delgado pero no débil, con barba negra cuidadosamente recortada y ojos que no paraban de moverse, evaluando, midiendo, calculando. Vestía mejor que sus hombres —una señal universal de jerarquía— con una capa roja sobre armadura brillante. Cuando nos vio llegar, no mostró sorpresa ni reverencia. Sonrió. Fue una sonrisa que he visto muchas veces desde entonces: la sonrisa del comerciante que sabe que estás desesperado por vender.

Se llamaba Hernán Cortés, aunque su nombre completo incluía varios —dones— y —de— que sugerían nobleza menor. Lo supe después, cuando Malintzin me lo explicó con esa precisión que usaba para traducir no solo palabras sino intenciones. Pero estoy adelantándome. Primero debo hablar de la embajada.

El embajador principal, un noble llamado Tendile que había memorizado un discurso de media hora, comenzó su presentación formal. Habló de la gloria del imperio mexica, de la benevolencia de Moctezuma, de la

curiosidad que nos inspiraban estos visitantes distinguidos. Era poesía burocrática de la mejor calidad: elaborada, respetuosa, y completamente vacía de contenido real. Mientras hablaba, observé la reacción de los españoles. Algunos parecían confundidos. Otros aburridos. Cortés mantenía su sonrisa educada, pero sus ojos ya estaban en los regalos cubiertos.

Junto a Cortés había un hombre flaco con cara de náufrago y una mujer joven vestida a medio camino entre nuestra ropa y la suya. El hombre traducía del maya al español las palabras que la mujer le decía. Y la mujer escuchaba nuestro náhuatl con una concentración que era casi física. Era ella. Malintzin. La Malinche. La señora que hablaba de todo.

La cadena de traducción era así: Tendile hablaba en náhuatl, Malintzin traducía al maya, el náufrago traducía al español. Era como ver un mensaje degradarse en cada paso, pero funcionaba lo suficiente para lo básico. O al menos eso creíamos.

Cuando Tendile terminó su discurso —que en resumen decía —hola, aquí tienen regalos, ahora váyanse—— las mantas se retiraron revelando los tesoros imperiales. Los discos de oro brillaron bajo el sol de la costa. Las plumas de quetzal ondularon con la brisa marina. Las mantas desplegaron sus diseños geométricos perfectos. Era una exhibición de riqueza diseñada para demostrar que éramos tan poderosos que podíamos regalar lo que otros matarían por obtener.

Los españoles guardaron silencio por un momento. Luego comenzaron a murmurar entre ellos. Vi cómo sus ojos se iluminaban de la manera en que solo el oro puede iluminar ojos. Algunos se acercaron para tocar los discos. Otros examinaban las plumas con manos que temblaban ligeramente. No parecían dioses impresionados. Parecían mercaderes encontrando una mina sin dueño.

Cortés habló entonces, y Malintzin tradujo. Su voz era educada, casi amable. Agradeció los regalos en nombre de su rey —un tal Carlos, que aparentemente vivía muy lejos y gobernaba medio mundo, según él—. Expresó admiración por la generosidad de Moctezuma. Y luego, con la misma sonrisa invariable, dijo algo que Malintzin tradujo con cuidado: —Estos regalos son magníficos, pero lo que en realidad desearía es conocer personalmente al gran Moctezuma. Ir a su ciudad. Ver las maravillas de las que tanto hemos oído—.

Tendile, que había esperado un —gracias, adiós—, se quedó mudo por un momento. No estaba en el protocolo. Los regalos eran precisamente para evitar que vinieran a Tenochtitlan. Improvisó con la habilidad de un diplomático veterano: —El señor Moctezuma estaría honrado, pero el camino es largo y difícil. Tal vez sería mejor continuar esta amistad mediante intercambio de regalos y mensajes—.

Cortés asintió como si estuviera de acuerdo, pero no lo estaba. Lo supe por la manera en que miró hacia el interior, hacia las montañas que se

elevaban más allá de la costa. Tenía la mirada de alguien que ya ha decidido ir a algún lugar y solo está siendo cortés antes de hacerlo.

Esa noche, mientras los embajadores principales dormían en tiendas preparadas para nosotros, yo deambulaba por el campamento español con la excusa de observar sus costumbres. En realidad, estaba espiando, pero ellos no parecían importarles. O no se daban cuenta. O, lo más probable, ya habían asumido que cualquier visitante sería espía y no valía la pena preocuparse.

Encontré a Malintzin sentada junto a una fogata, sola. Era tarde y la mayoría de los españoles dormían o montaban guardia. Me acerqué con la precaución apropiada para alguien que no sabía si sería bienvenido. Ella levantó la vista y me hizo un gesto para que me sentara. Hablamos en náhuatl.

—Eres mexica—, dijo. No era pregunta.

—Soy muchas cosas. Mexica es una de ellas—.

Sonrió. Tenía una sonrisa que revelaba más de lo que escondía, lo cual es raro en alguien cuyo trabajo era precisamente manejar información. —Yo también soy muchas cosas. Ya no sé cuál es la principal—.

Me contó su historia, o parte de ella. Había nacido noble, en algún lugar de la costa. Su padre murió joven. Su madre se volvió a casar. La vendieron o regalaron —los detalles eran confusos o dolorosos— a comerciantes mayas. Los mayas la entregaron a los totonacas. Los totonacas la dieron a los españoles junto con diecinueve mujeres más. Y ahora era la voz de Cortés, la única persona que podía hacer que los dos mundos se entendieran, aunque fuera imperfectamente.

—¿Por qué lo haces?—, pregunté. —Traducir para ellos. Ayudarlos—.

—¿Por qué no?—, respondió. —¿Lealtad a quién? ¿A la gente que me vendió? ¿Al imperio que nunca me protegió? Al menos aquí soy necesaria. Al menos aquí tengo un nombre—. Hizo una pausa. —Aunque me llamen Malinche, que ni siquiera saben pronunciar bien. Mi nombre es Malintzin—.

—¿Y qué quieren? Los españoles. Realmente—.

—Oro—, dijo sin dudar. —Primero oro. Luego más oro. Y después, cuando tengan suficiente, querrán todo lo demás—.

—¿Te lo han dicho?—

—No necesitan decirlo. Los escucho hablar entre ellos. Los veo pelear por las pepitas que encuentran. Los oigo soñar en voz alta con ciudades de oro y reyes que los harán nobles—. Atizó el fuego con un palo. —Cortés es más inteligente que los demás. Él no solo quiere oro. Quiere gloria. Quiere ser recordado. Quiere...— buscó la palabra, —quiere ser como Alejandro, dice. No sé quién es Alejandro, pero al parecer conquistó el mundo y luego lloró porque no quedaba nada más por conquistar—.

—¿Y tú qué quieres?—

—Sobrevivir—, dijo simplemente. —Y tal vez, si la suerte me acompaña, elegir mi propio destino aunque sea una vez en la vida—.

Nos quedamos en silencio un rato, mirando el fuego. Luego le pregunté lo que necesitaba saber: —¿Traduciste todo correctamente hoy? Lo que Cortés dijo—.

—La mayoría—, admitió. —Omití algunas partes. Cosas que habrían sonado demasiado directas. Amenazas veladas. Suavicé su arrogancia. Hice que pareciera más diplomático de lo que es—. Me miró directamente. —Es lo que hago. No solo traduzco palabras. Traduzco intenciones. Y a veces, cuando creo que es necesario, las modifico un poco—.

—Eso es peligroso—.

—Todo es peligroso ahora—, dijo. —Al menos así tengo algo de control sobre cómo ocurre el desastre—.

Los días siguientes los pasé observando la dinámica del campamento español. Eran, hay que reconocerlo, notablemente disciplinados. Se levantaban al amanecer, hacían ejercicios militares, mantenían sus armas limpias, organizaban guardias rotativas. Pero también discutían constantemente. Oí peleas sobre el reparto del oro que aún no habían obtenido. Vi cómo algunos, los que habían llegado con Cortés desde Cuba, desconfiaban de otros que habían venido con Narváez. Había facciones, resentimientos, ambiciones contradictorias. Era, en muchos sentidos, como cualquier organización humana: funcional en la superficie, caótica por dentro.

Cortés los manejaba con mezcla de carisma y amenaza. Los halagaba en público, los castigaba en privado, les prometía riquezas que todavía no existían. Y ellos lo seguían, no por lealtad sino porque apostaban a que él sabía cómo conseguir lo que todos querían. Era un pacto tácito: él los llevaría al oro, y ellos fingirían respetarlo hasta entonces.

Un incidente reveló mucho sobre Cortés. Un soldado fue descubierto robando de las provisiones comunes. La pena habitual, según me contó Malintzin, era azotes o tiempo en el cepo. Cortés lo hizo ahorcar. Públicamente. Rápido y sin apelación. El mensaje era claro: aquí había un solo jefe, y las reglas se cumplían o se moría. Los soldados gruñeron pero obedecieron. Habían entendido.

Antes de que la embajada regresara a Tenochtitlan, Cortés me llamó. Malintzin tradujo. —Dile a tu señor Moctezuma—, me dijo con su sonrisa intacta, —que agradezco profundamente sus regalos. Y dile que mi rey me ha encomendado conocerlo personalmente. No es opción, es deber sagrado. Iremos a Tenochtitlan, con su permiso o sin él. Pero preferimos con él, porque somos gente civilizada—.

Diplomacia y amenaza en la misma frase. Malintzin lo tradujo suavizando el tono, pero el contenido era innegable.

—¿Y si Moctezuma dice no?—, pregunté directamente.

Cortés se encogió de hombros. —He cruzado el océano, he quemado mis naves —bueno, técnicamente las hundí—, y he prometido a mis hombres gloria y oro. No regresaré con las manos vacías—. Hizo una pausa. —Pero no te preocupes. Sé que Moctezuma dirá que sí. Eventualmente. Los hombres poderosos siempre creen que pueden controlar la situación. Hasta que no pueden—.

De regreso a Tenochtitlan, con los nuevos regalos españoles —baratijas de vidrio, cuentas de colores, y una silla que Cortés envió como —trono para el gran emperador—— reflexioné sobre lo que había visto. Los barbados no eran dioses ni demonios. Eran algo más complicado y peligroso: eran hombres desesperados con habilidades militares, dirigidos por alguien que había apostado todo al éxito y que, por lo tanto, no podía permitirse fracasar.

Y tenían a Malintzin, que conocía nuestro mundo mejor que ellos y el suyo mejor que nosotros. Era el arma perfecta: invisible, versátil, y capaz de transformar la confusión en ventaja.

Le conté todo esto a Moctezuma cuando llegamos. Él escuchó en silencio, tomando notas, haciendo preguntas específicas. Cuando terminé, suspiró. —Entonces vendrán—, dijo. No era pregunta.

—Vendrán—, confirmé.

—¿Y qué recomiendas?—

—Que decida pronto—, dije. —Atacarlos antes de que se muevan, o recibirlos y manejarlos desde adentro. Pero decidir. Porque ellos ya decidieron—.

Moctezuma asintió lentamente. Pero no decidió. Todavía no. Y cada día que pasaba sin decisión era un día más que Cortés tenía para prepararse, para reclutar aliados descontentos, para transformar su invasión improvisada en algo más peligroso: una coalición.

Capítulo 5

Quienes odiaban más a los mexicas que a los españoles

La alianza entre Cortés y los enemigos del imperio mexica fue, visto en retrospectiva, la cosa más obvia del mundo. Pero en su momento, a ninguno de nosotros se nos ocurrió que pueblos que nos habían odiado durante generaciones pudieran preferir a unos extranjeros barbados antes que a nosotros. Era un golpe al orgullo nacional, aunque debo admitir que el orgullo nacional rara vez ha sido buen consejero en asuntos prácticos.

Me ordenaron acompañar a una misión diplomática a los territorios totonacas justo cuando Cortés comenzaba su marcha hacia el interior. La idea era recordarles a los caciques costeros quién mandaba realmente y quién tenía los ejércitos para demostrarlo. Llevábamos los documentos

apropiados, los sellos correctos, y esa arrogancia institucional que caracteriza a los representantes de imperios que creen ser eternos.

Llegamos a Cempoala y encontramos al cacique gordo —ese hombre cuya circunferencia era tan memorable que su descripción física se había convertido en su apodo oficial— reunido con emisarios españoles. Estaban, literalmente, sentados juntos, comiendo juntos, riendo de chistes que probablemente ninguno entendía del todo pero que Malintzin traducía con la habilidad diplomática de quien sabe que su supervivencia depende de mantener contentos a todos los bandos.

El cacique gordo nos recibió con la cortesía mínima que el protocolo exigía, pero sin el temor reverencial que esperábamos. Había algo diferente en su actitud, una especie de confianza nueva que le sentaba como un tocado prestado: visible pero incómodo.

—Hemos venido—, anunció nuestro jefe de misión con la solemnidad apropiada, —a recordarles sus obligaciones tributarias. El plazo de pago venció hace dos lunas y——

—No pagaremos—, interrumpió el cacique gordo. Simplemente así. Sin preámbulos, sin excusas elaboradas, sin la danza verbal que usualmente precedía cualquier negativa. —No más tributos. No más prisioneros para sus pirámides. No más humillaciones—.

Hubo un silencio mientras procesábamos esta declaración. Era traición, obviamente. Pero era traición tan descarada, tan directa, que casi resultaba refrescante en su honestidad.

—Eso—, dijo nuestro jefe con voz temblorosa de furia contenida, —es rebelión. Las consecuencias serán——

—¿Cuáles consecuencias?—, preguntó el cacique gordo, señalando a los españoles presentes. —Tengo nuevos amigos. Amigos con armas de trueno y animales de guerra. Amigos que me prometen protección si los ayudo. ¿Qué pueden hacer ustedes contra eso?—

Lo que pasó después fue una lección magistral sobre cómo colapsa un imperio. Los recaudadores de tributos mexicas —cinco funcionarios arrogantes que llevaban décadas extorsionando a los totonacas— estaban en la ciudad en ese momento, instalados en la mejor casa como si fueran virreyes. El cacique gordo, con una señal, hizo que los arrestaran. Así nomás. Los metieron en jaulas de madera como si fueran delincuentes comunes.

Fue un acto de rebeldía tan espectacular que incluso los españoles parecieron sorprendidos. Cortés, que observaba todo con su expresión calculadora habitual, se levantó y habló. Malintzin tradujo: —Mi amigo ha actuado con valentía. Pero quizás sería prudente no ejecutar a estos hombres todavía. Podríamos usarlos para negociar—.

Era brillante, debo admitir. Con una sola sugerencia, Cortés se presentaba como el moderado, el diplomático, el que salvaba vidas. Y simultáneamente, validaba la rebelión sin mancharse las manos con ella.

Esa noche, mientras nuestro jefe de misión escribía informes desesperados para Tenochtitlan, yo salí a caminar por Cempoala. La ciudad bullía con una energía extraña. La gente hablaba en voz alta, algo que nunca hacían cuando los representantes mexicas estábamos cerca. Reían. Algunos incluso cantaban. Era como si se hubieran quitado un peso de encima, sin darse cuenta de que lo habían reemplazado por otro probablemente más pesado.

Encontré a uno de los soldados españoles, un tipo joven con acento que después supe era andaluz, practicando con su espada contra un árbol. Me acerqué con curiosidad y él, en lugar de ignorarme o amenazarme, me saludó con un gesto. No hablábamos el mismo idioma, pero los soldados tienen su propio lenguaje universal de gestos y demostraciones.

Me mostró su espada. Era de metal más duro que cualquier cosa que hubiéramos fabricado. La balanceó y cortó una rama gruesa con un solo movimiento. Luego señaló mi macahuitl —mi espada de obsidiana— y me indicó que hiciera lo mismo. Lo intenté. La obsidiana cortó limpiamente, pero cuando golpeé un segundo tronco más duro, varios fragmentos de obsidiana se desprendieron. El soldado asintió con expresión que decía claramente: —¿Ves el problema?—

Fue una lección incómoda sobre superioridad tecnológica impartida sin palabras.

Los españoles partieron de Cempoala pocos días después, con dirección a Tlaxcala. Y llevaban con ellos mil trescientos guerreros totonacas como cargadores y auxiliares. El cacique gordo los despidió con promesas de lealtad eterna y regalos abundantes. Era nauseabundo ver tanta adulación, pero también era instructivo. Los totonacas no habían dejado de ser vasallos; simplemente habían cambiado de amo. Y aparentemente consideraban que era una mejora.

Yo seguí a la columna española a distancia, con órdenes de reportar sus movimientos. Lo que vi en las siguientes semanas fue una clase magistral de diplomacia oportunista.

Cada pueblo por el que pasaban, Cortés hacía la misma pregunta: —¿Pagan tributo a Moctezuma?— Cuando la respuesta era sí, hacía la siguiente pregunta: —¿Están contentos con eso?— La respuesta, invariablemente, era no. Entonces Cortés ofrecía su solución: —Únanse a nosotros. Juntos seremos más fuertes que el imperio—.

Era una propuesta ridículamente simple. Y funcionaba.

Pero Tlaxcala era diferente. Tlaxcala no era un pueblo sometido resentido con el imperio. Tlaxcala era un enemigo declarado, libre, orgulloso, y completamente desconfiado de cualquier extranjero que viniera por el camino que conectaba con territorio mexica.

Los tlaxcaltecas atacaron a Cortés apenas cruzó su frontera. No fue un ataque simbólico o exploratorio. Fue un asalto masivo con miles de guerreros, destinado a aniquilar a los invasores antes de que pudieran

establecerse. Vi las primeras escaramuzas desde una colina cercana, y debo decir que fue aterrador y fascinante a partes iguales.

Los tlaxcaltecas peleaban con la ferocidad de quien defiende su libertad. Llegaban en oleadas, gritando, blandiendo macahuitls y lanzas. Eran más numerosos que los españoles diez o veinte a uno. En cualquier cálculo racional, deberían haberlos aplastado.

Pero los caballos cambiaban todo. Vi cómo una carga de caballería española rompía formaciones de guerreros que habían peleado toda su vida. El impacto psicológico de esas bestias enormes corriendo hacia ti, con jinetes armados encima, era devastador. Los tlaxcaltecas eran valientes, no suicidas. Se dispersaban, reagrupaban, atacaban de nuevo. Pero nunca podían mantener una línea coherente contra la caballería.

Las armas de fuego también ayudaban, aunque menos de lo que uno pensaría. Los arcabuces eran lentos, poco fiables con la humedad, y no especialmente precisos. Pero el ruido... el ruido era arma psicológica por sí misma. Cada disparo sonaba como si el cielo se partiera. Los que nunca lo habían oído antes se aterrorizaban. Incluso los veteranos se estremecían.

Y estaban los aliados totonacas, peleando junto a los españoles con entusiasmo que rayaba en lo vengativo. Cada pueblo que los mexicas habían oprimido ahora encontraba oportunidad de desquitarse indirectamente.

Las batallas duraron semanas. Los tlaxcaltecas probaron diferentes tácticas: ataques nocturnos, emboscadas, asedios. Nada funcionaba completamente. Los españoles sufrían bajas, sí. Vi heridos, vi muertos. Pero mantenían disciplina, se cubrían mutuamente, y lo más importante: tenían a Cortés, que parecía entender instintivamente cómo usar sus ventajas y minimizar sus debilidades.

Finalmente, los señores de Tlaxcala hicieron lo impensable: se reunieron en consejo y decidieron negociar. Xicohténcatl el Viejo, el líder principal, era un hombre pragmático detrás de toda su retórica de libertad. Entendió que seguir peleando solo debilitaría a Tlaxcala sin garantizar victoria. Y entendió algo más importante: si estos extranjeros iban realmente a pelear contra los mexicas, ¿por qué no aprovecharlos?

La ceremonia de alianza fue surrealista. Los señores tlaxcaltecas juraron amistad eterna con Cortés, a quien apenas conocían. Cortés juró protección eterna a Tlaxcala, que semanas antes intentaba matarlo. Se intercambiaron regalos, se pronunciaron discursos, y todos fingieron que aquello era más que un pacto de conveniencia mutua.

Yo estaba presente, escondido entre la multitud, y envié un reporte urgente a Tenochtitlan: —Cortés tiene ahora alianza con Tlaxcala. Esto cambia todo. Ya no son quinientos españoles perdidos. Son quinientos españoles con ejército de miles de guerreros tlaxcaltecas. Y todos odian a los mexicas más de lo que desconfían de los extranjeros—.

La respuesta de Moctezuma llegó semanas después. No era una orden de acción, sino una pregunta: —¿Qué recomiendas?—

¿Qué recomendaba? Recomendaba que actuáramos hace meses, cuando Cortés era vulnerable. Recomendaba que atacáramos ahora, antes de que la coalición creciera. Recomendaba que dejáramos de enviar regalos y preguntas y enviáramos ejércitos. Pero no escribí nada de eso, porque sabía que sería ignorado. En su lugar, escribí: —Los españoles avanzan hacia Cholula. Sugiero observar qué pasa allí antes de decidir—.

Era, lo admito, posponer la decisión. Exactamente lo que Moctezuma quería hacer. Validaba su indecisión. Y me convertía en cómplice de ella.

En Tlaxcala, mientras esperaba nuevas órdenes, tuve una conversación reveladora con uno de los guerreros tlaxcaltecas veteranos. Le pregunté por qué habían aceptado aliarse con los extranjeros.

—Porque—, me dijo con naturalidad pasmosa, —hemos peleado contra ustedes durante setenta años. Setenta años de guerras floridas, de capturar prisioneros, de ver a nuestros hijos llevados a sus pirámides. Estos teules nos ofrecen algo diferente: la posibilidad de acabar con eso. Tal vez son peores que ustedes. Probablemente lo son. Pero al menos es un cambio—. Escupió. —Además, cuando todo termine, veremos quién queda de pie. Los teules no se quedarán para siempre. Pero nosotros sí —.

Era una lógica impecable. Equivocada en sus premisas, pero impecable. Los tlaxcaltecas pensaban que usaban a los españoles. No se daban cuenta de que era al revés. O tal vez sí se daban cuenta y no les importaba, porque cualquier cosa era mejor que el statu quo.

Esa noche escribí en mi diario personal —algo que mantenía secreto de los informes oficiales— una reflexión que ahora, años después, leo con amargura: —Hemos construido un imperio sobre el miedo y el resentimiento. Pensábamos que el miedo nos mantenía seguros. No entendimos que el resentimiento acumulado es como la pólvora que los españoles traen: inerte hasta que alguien le acerca una chispa. Cortés es esa chispa. Nosotros mismos preparamos el combustible—.

El tratado de Tlaxcala no fue el principio del fin. Fue el momento en que el fin se volvió inevitable. Y lo peor es que todos lo sabíamos, incluso entonces. Simplemente fingíamos que todavía había tiempo para que algo cambiara, para que un milagro nos salvara, para que los dioses intervinieran.

Los dioses, como descubriríamos pronto, tenían otros planes. O no tenían ninguno. El resultado era el mismo.

Capítulo 6

Cholula: la ciudad que eligió morirse rápido

Cholula era la ciudad sagrada. La Roma de Mesoamérica, si ustedes entienden la referencia, aunque en ese momento yo no tenía idea de qué era Roma. Lo que sí sabía era que Cholula tenía más templos que cualquier otra ciudad del mundo conocido, que su pirámide principal era la más grande jamás construida, y que sus sacerdotes se consideraban tan importantes que hasta Moctezuma tenía que tratarlos con deferencia. Era, en resumen, el tipo de lugar donde la religión había dejado de ser fe para convertirse en industria.

También era aliada tradicional de los mexicas, lo cual significaba que nos odiaban un poco menos que a los tlaxcaltecas pero seguían cobrando sus tributos con resentimiento y sonrisas forzadas. La política en Mesoamérica era así: todos odiaban a todos, pero algunos odios eran más convenientes que otros.

Cuando Cortés anunció que marcharía a Cholula después de Tlaxcala, los señores tlaxcaltecas le advirtieron. Recuerdo la escena porque estuve presente, fingiendo ser un sirviente más mientras traducían y negociaban. Xicohténcatl el Joven —el hijo del líder principal, un guerrero con más cicatrices que diplomacia— le dijo a Cortés a través de Malintzin:

—No vayan a Cholula. Es trampa. Los cholultecas son serpientes con cruces pintadas. Moctezuma les habrá ordenado matarlos a todos.

Cortés sonrió con esa expresión que ya empezaba a conocer: la sonrisa del jugador que tiene una carta escondida.

—Agradezco la advertencia —dijo—. Pero precisamente por eso debemos ir. Si hay trampa, la descubriremos. Y si no la hay, habremos demostrado que no tenemos miedo.

Era una lógica perfectamente circular y completamente insana. Pero también era efectiva para mantener la iniciativa. Los españoles nunca se quedaban quietos esperando que las cosas pasaran. Hacían que las cosas pasaran, aunque fueran cosas terribles.

Partimos hacia Cholula en octubre de 1519, una columna que incluía a los españoles, varios miles de guerreros tlaxcaltecas, y algunos observadores mexicas como yo que ya no sabíamos bien para quién trabajábamos. El camino era corto pero tenso. Los tlaxcaltecas iban armados hasta los dientes, esperando una emboscada que nunca llegó. Los españoles revisaban constantemente sus armas. Cortés cabalgaba adelante con Malintzin siempre cerca, traduciéndole cada rumor, cada susurro, cada señal del camino.

Cholula nos recibió con toda la pompa religiosa imaginable. Sacerdotes con túnicas elaboradas, nobles con tocados imposibles, incienso por todas partes. Procesiones. Cánticos. Discursos que duraban más que las ceremonias. Los cholultecas eran expertos en hacer que todo pareciera trascendental y sagrado. Incluso darle de comer a un perro probablemente requería tres sacerdotes y una oración.

Pero había algo raro en la recepción. Demasiado formal. Demasiado organizada. Las sonrisas eran correctas pero no llegaban a los ojos. Los señores cholultecas mantuvieron a los tlaxcaltecas fuera de la ciudad —lo cual tenía sentido, eran enemigos tradicionales— pero tampoco parecían cómodos con los españoles dentro. Alojaron a Cortés y sus capitanes en buenos palacios, pero al resto los metieron en patios abiertos donde podían vigilarlos fácilmente.

Los primeros dos días fueron una obra de teatro diplomático. Los cholultecas traían comida, regalos modestos, discursos sobre amistad eterna. Cortés respondía con cortesía calculada, preguntando por Moctezuma, admirando los templos, alabando la ciudad. Malintzin traducía todo mientras sus ojos no paraban de moverse, observando, evaluando.

El tercer día, la comida dejó de llegar. No dramáticamente, solo... menos. Y de peor calidad. Los nobles cholultecas que antes visitaban el campamento español dejaron de aparecer. Las calles se vaciaron. Cuando los españoles salían a caminar, encontraban callejones bloqueados con piedras, como casualmente. En los techos de algunas casas se veían movimientos: gente escondiéndose, o preparándose.

Esa noche, Malintzin vino a ver a Cortés con información. Yo estaba cerca —siempre estaba cerca, mi trabajo era observar— y escuché todo. Una mujer cholulteca, esposa de un noble, le había contado a Malintzin que había una emboscada planeada. Los mexicas habían enviado mensajes secretos ordenando que los españoles fueran eliminados. Ya había miles de guerreros escondidos en la ciudad. El plan era atacar cuando los españoles salieran de Cholula, en las calles estrechas donde la caballería no podría maniobrar.

—¿Confías en ella? —preguntó Cortés a Malintzin.

—No tengo razón para no confiar. Me ofreció llevarme con ella a lugar seguro porque le caigo bien. Dice que no quiere que muera cuando comience la matanza —Malintzin hizo una pausa—. Aunque también es posible que sea parte de la trampa. Difícil saberlo.

—¿Y qué crees tú?

—Creo que hay trampa. No sé si es exactamente como ella dice, pero algo se está preparando. La ciudad tiene ese silencio de antes de la tormenta.

Cortés se quedó pensando un largo rato. Luego llamó a sus capitanes. Lo que siguió fue una reunión donde se decidió el destino de Cholula en menos de una hora. La lógica era simple y brutal: si había emboscada, atacar primero. Si no había emboscada, atacar de todos modos para enviar un mensaje de que nadie debía intentarlo.

—Llamaremos a los nobles a una reunión en la plaza principal —dijo Cortés—. Les diremos que necesitamos despedirnos formalmente.

Cuando estén todos reunidos, sin armas, cerraremos las salidas. Y entonces... resolveremos el asunto.

Era un plan que convertía la hospitalidad en trampa mortal. Era también exactamente lo que los cholultecas supuestamente planeaban hacer con los españoles. La diferencia era que Cortés lo haría primero.

La mañana del 18 de octubre amaneció con una claridad obscena. El cielo azul, el sol brillante, todo parecía diseñado para contradecir lo que estaba por venir. Los nobles cholultecas fueron convocados a la plaza principal bajo el pretexto de una ceremonia de despedida. Vinieron desarmados, como el protocolo exigía para una reunión con visitantes de paz. Traían regalos menores, discursos preparados, esa arrogancia tranquila de quien cree estar en control.

La plaza era grande, rodeada de muros y con pocas salidas. Los españoles se posicionaron estratégicamente en las entradas. Los tlaxcaltecas, que habían sido dejados entrar esa mañana con excusas logísticas, rodearon la plaza por fuera. Todo estaba listo. Solo faltaba el pretexto.

Cortés lo proporcionó con un discurso. Habló sobre traición, sobre emboscadas planeadas, sobre órdenes de Moctezuma. Los cholultecas negaron todo con la indignación apropiada. Algunos parecían genuinamente sorprendidos. Otros menos. Era imposible saber quién mentía, si es que alguien decía la verdad.

Entonces Cortés dio la señal. Un disparo de arcabuz al aire.

Lo que siguió fue carnicería. Los españoles atacaron con espadas. Los tlaxcaltecas entraron por todas las salidas con décadas de odio acumulado contra sus vecinos presuntuosos. Los nobles cholultecas, desarmados, intentaron defenderse con las manos, con gritos, con súplicas. No sirvió de nada. El patio se llenó de cuerpos en minutos.

Yo estaba en una azotea cercana, donde me había posicionado con la excusa de tener mejor vista para mis reportes. Vi todo. Vi cómo hombres que hace una hora charlaban amigablemente ahora se mataban con eficiencia industrial. Vi cómo la sangre corría por las ranuras del piso formando canales obscenos. Vi cómo algunos cholultecas lograban escapar solo para ser alcanzados por los tlaxcaltecas afuera.

Y vi algo peor: vi cómo la matanza se extendió a la ciudad. Los tlaxcaltecas, liberados de décadas de contención, saquearon casa por casa. Los españoles, convencidos de que había emboscada planeada, mataron a cualquiera que pareciera sospechoso, que básicamente era cualquiera. Las calles se llenaron de humo cuando comenzaron a quemar templos. Los gritos duraron horas.

Traté de contar. Perdí la cuenta después de mil. Los cronistas españoles dirían después que murieron tres mil. Los cronistas indígenas dirían veinte mil. La verdad probablemente está en medio, no que importe mucho para los muertos.

Para el anochecer, Cholula la sagrada era Cholula la arruinada. Los sobrevivientes salían de sus escondites con miradas vacías. Los niños lloraban sobre cuerpos de sus padres. Los perros se alimentaban de cadáveres en las calles. Y los tlaxcaltecas seguían saqueando, llevándose todo lo que brillaba, todo lo que valía, todo lo que representaba décadas de superioridad cholulteca.

Esa noche bajé de mi azotea y caminé por la ciudad. Necesitaba verlo de cerca, documentarlo, entenderlo. O tal vez solo necesitaba castigarme por no haber hecho nada para detenerlo, asumiendo que hubiera podido hacer algo.

Encontré a Malintzin sentada en las escaleras de un templo medio quemado. Estaba sola, mirando la ciudad destruida. Me senté junto a ella sin pedir permiso.

—¿Había realmente una emboscada? —le pregunté.

—No lo sé —respondió sin mirarme—. Tal vez. Probablemente. ¿Importa?

—Tres mil muertos. Sí importa.

—Tres mil o veinte mil o cien. Cortés necesitaba enviar un mensaje. Si no había traición, la inventó. El resultado es el mismo.

—¿Y tú? ¿Te sientes responsable?

Me miró entonces. Sus ojos estaban secos pero había algo roto en ellos. —Traduje las palabras. No empuñé las espadas. Pero sí, me siento responsable. También me siento viva, que es más de lo que pueden decir los cholultecas —hizo una pausa—. ¿Sabes qué es lo peor? Que funcionó. Moctezuma lo escuchará. Todos lo escucharán. Cortés acaba de demostrar que no acepta traiciones, reales o imaginarias. Nadie volverá a pensar en emboscarlo.

Tenía razón. Los mensajeros ya habían salido hacia Tenochtitlan llevando noticias de la masacre. Cholula, la ciudad que se creía intocable por su santidad, había sido destruida en una tarde. El mensaje era claro: ni los dioses ni los templos ni las tradiciones protegían contra los españoles. Solo la obediencia absoluta podía garantizar la supervivencia. Y ni siquiera eso estaba garantizado.

Los días siguientes fueron de limpieza y negociación. Los señores cholultecas sobrevivientes —los que no estuvieron en la plaza— juraron lealtad a Cortés. Los tlaxcaltecas se fueron cargados con botín. Los españoles quemaron más templos, instalaron cruces, dijeron que ahora Cholula sería cristiana. Como si un cambio de símbolos religiosos compensara los miles de cadáveres que aún no terminaban de enterrar.

Escribí mi informe para Moctezuma. Intenté ser objetivo, preciso, útil. Expliqué lo que vi, lo que escuché, lo que deduje. Terminé con una recomendación que sabía sería ignorada: —No enfrenten a Cortés con engaños. O lo enfrentan directamente con ejércitos superiores, o negocian abiertamente. Pero no intenten emboscadas. Él convierte las

sospechas de traición en razones para masacrar, y lo hace tan eficientemente que después nadie cuestiona si la traición era real—.

Moctezuma respondió semanas después. Su mensaje decía: —Ven a Tenochtitlan. Los recibiremos en paz. Dile a Cortés que venga como amigo—.

Era, finalmente, una decisión. La decisión equivocada, pero al menos era una decisión. Cholula había hecho lo que todos los regalos y mensajes diplomáticos no habían logrado: convencer a Moctezuma de que resistir era más peligroso que ceder.

Años después, cuando me pregunto si realmente hubo una emboscada cholulteca o si todo fue paranoia y oportunismo español, sigo sin tener respuesta definitiva. Pero aprendí algo ese día: no importa quién empezó, quién mintió, quién traicionó primero. Lo que importa es quién está dispuesto a actuar con más violencia y menos dudas. Y en ese concurso, los españoles no tenían competencia.

Cholula no eligió morirse. Pero sí eligió —o sus líderes eligieron por ella— jugar el juego de la traición y el engaño. Y resultó que los españoles jugaban ese juego mejor, más rápido, y con menos remordimientos.

La ciudad sagrada se convirtió en ejemplo. Un ejemplo que todos los demás pueblos entendieron perfectamente: esto es lo que pasa cuando se cruza a Cortés. Funciona. No funciona. No importa. El resultado es el mismo.

Capítulo 7

El dios prisionero de los hombres

La entrada de Cortés a Tenochtitlan el 8 de noviembre de 1519 fue el evento más surrealista que he presenciado en mi vida, y eso incluyendo la vez que vi a un sacerdote intentar sacrificar un jaguar que resultó estar vivo y muy molesto. Era teatro puro, una obra donde todos sabían sus líneas pero nadie entendía realmente qué papel estaban interpretando.

Moctezuma salió a recibirlos por la calzada de Iztapalapa con una comitiva que habría impresionado a cualquier emperador del mundo conocido. Nobles llevando el palio imperial. Sacerdotes quemando incienso hasta que el aire era más humo que oxígeno. Músicos que habían practicado durante semanas las melodías apropiadas para recibir... ¿a qué exactamente? ¿A dioses? ¿A embajadores? ¿A invasores disfrazados de visitantes?

Yo iba en la comitiva, por supuesto. Mi nuevo cargo no oficial era —el que observa desastres y los documenta para la posteridad—. Era un puesto con poco futuro pero mucha estabilidad laboral.

Cortés desmontó de su caballo cuando vio a Moctezuma. Gesto de respeto, calculado al milímetro. Moctezuma, a su vez, bajó de su litera.

Los dos líderes se encontraron en medio de la calzada, rodeados de cientos de personas que contenían el aliento.

Moctezuma habló primero, con un discurso que había memorizado y que Malintzin tradujo con su habitual precisión profesional:

—Bienvenido seas a tu casa. Has llegado a tu tierra. Ven y descansa. Toma posesión de tus palacios reales. Da bienestar a tu cuerpo.

Era retórica florida, pero también era rendición disfrazada de cortesía. Estaba literalmente entregando la ciudad antes de que se disparara un solo tiro.

Cortés respondió con palabras apropiadamente humildes que probablemente no sentía:

—Estamos agradecidos por tan magnífica bienvenida. Venimos en son de paz y amistad, portadores de buenos deseos de nuestro gran rey.

Mentira y verdad en proporciones iguales. La paz duraría exactamente hasta que dejara de serle conveniente.

Entonces pasó algo que resumía perfectamente la confusión general: Cortés intentó abrazar a Moctezuma. Los guardias imperiales casi lo matan ahí mismo. Nadie, absolutamente nadie, tocaba al tlatoani. Era sacrilegio, violación de protocolo, y básicamente equivalente a escupir en un altar. Los guardias pusieron manos en sus armas. Los españoles hicieron lo mismo. Por un segundo eterno, pareció que toda la conquista terminaría en una carnicería en medio de la calzada.

Pero Moctezuma levantó una mano deteniéndolos. Permitió el abrazo. Lo cual era tan impactante como si hubiera permitido que Cortés se pusiera su corona. Ese momento, más que cualquier batalla, me mostró que Moctezuma ya había perdido. No militarmente, sino mentalmente. Había aceptado que las reglas habían cambiado, que el orden antiguo se había quebrado, y que él ya no controlaba ni siquiera su propia inviolabilidad.

Los alojamos en el palacio de Axayácatl, un edificio enorme con suficiente espacio para todos los españoles y sus aliados tlaxcaltecas. Era hospitalidad, sí, pero también era contención. Los teníamos en un solo lugar, rodeados, donde podíamos vigilarlos. O al menos eso creíamos. Retrospectivamente, fue como invitar a un jaguar a la casa pensando que las paredes lo detendrían.

Los primeros días fueron de turismo diplomático. Cortés visitó el Templo Mayor, subió los cientos de escalones, quedó impresionado por la vista y horrorizado por la sangre coagulada. Le pidió a Moctezuma permiso para instalar una capilla cristiana en el palacio. Moctezuma, en su infinita capacidad para ceder en lo importante mientras se aferraba a lo simbólico, aceptó.

Vi cómo colocaban su cruz en el patio principal. Los sacerdotes mexicas miraban con expresiones que iban desde la indignación hasta el terror existencial. Uno murmuró cerca de mí:

—Los dioses no permitirán esto.

—Los dioses —respondí— han estado notablemente silenciosos últimamente.

Me miró como si hubiera blasfemado. Tal vez lo había hecho. Ya no estaba seguro de qué contaba como blasfemia cuando el mundo entero se había vuelto absurdo.

Cortés también visitó el mercado de Tlatelolco. Lo recuerdo caminando entre los puestos, los ojos brillantes, calculando el valor de todo lo que veía. No era admiración lo que mostraba su rostro, era avalúo. Como un acreedor inspeccionando la propiedad de un deudor.

—Todo esto —le dijo a uno de sus capitanes, en español que uno de los soldados me tradujo después— vale más que varios reinos en España. Y todavía no hemos visto sus depósitos de oro.

Porque ese era el problema con los españoles: veían una civilización milenaria y solo computaban su valor en metales preciosos. Era como mirar la biblioteca de Alejandría y solo pensar en cuánto valía el papel.

La situación se mantuvo en ese equilibrio incómodo durante dos semanas. Nosotros fingíamos que eran invitados. Ellos fingían que no eran una fuerza de ocupación. Moctezuma visitaba el palacio de Axayácatl regularmente, charlando con Cortés a través de Malintzin sobre teología, política, y trivialidades que evitaban cuidadosamente el tema central: ¿qué diablos estaba pasando realmente?

Entonces llegaron noticias de la costa. Un capitán español había sido atacado por guerreros mexicas. Había muertos. Cabezas enviadas como trofeo a Tenochtitlan, según el protocolo tradicional de guerra. Para nosotros era procedimiento estándar: alguien agrede, se responde, se envían los trofeos apropiados. Para Cortés era el pretexto que necesitaba.

Llegó al palacio imperial con cinco capitanes y Malintzin. Yo estaba de guardia, porque mi nuevo trabajo aparentemente consistía en estar presente en cada momento histórico catastrófico. Moctezuma los recibió con la cortesía habitual, ofreciendo chocolate y conversación.

Cortés rechazó ambos. Habló con voz dura que Malintzin tradujo sin suavizar:

—Han atacado a mis hombres. Han matado españoles. Esto es inaceptable. Necesito que los responsables sean castigados.

Moctezuma, confundido, respondió:

—Investigaré el asunto. Si mis comandantes actuaron sin mi autorización, serán sancionados apropiadamente.

—No es suficiente —Cortés se levantó—. No puedo confiar en que esté seguro en esta ciudad. No puedo confiar en que mañana no despierte rodeado de guerreros. Así que —hizo una pausa que pareció durar años— vendrá a alojarse conmigo. Por su propia seguridad.

El silencio que siguió fue tan denso que podría haberse cortado con un macahuitl. Los nobles presentes nos miramos entre nosotros. ¿Había escuchado bien? ¿Estaba Cortés sugiriendo... no, demandando... que el emperador, el tlatoani, el representante de Huitzilopochtli en la tierra, abandonara su palacio para vivir como... qué? ¿Prisionero? ¿Invitado forzado?

Moctezuma se rio. Fue una risa incómoda, de quien espera que el chiste se aclare pronto.

—Eso es imposible. Soy el tlatoani. No puedo simplemente mudarme a otro palacio como si fuera un noble cualquiera.

—Puede y lo hará —Cortés puso una mano en su espada—. O puedo hacer que sea menos voluntario. Su elección.

Los capitanes españoles también pusieron manos en sus armas. Los guardias de Moctezuma hicieron lo mismo. Estábamos a segundos de un baño de sangre que habría resuelto todo matándonos probablemente a todos.

Y entonces Moctezuma hizo lo impensable. Cedió.

—Está bien —dijo con voz que apenas temblaba—. Me mudaré temporalmente. Para evitar malentendidos. Para garantizar la paz.

No lo entendí entonces. No lo entiendo ahora. Un gesto, una palabra, y habríamos matado a Cortés ahí mismo. Los españoles eran ciento cincuenta en el palacio. Nosotros éramos miles en la ciudad. Sí, habrían matado a muchos antes de caer. Sí, los tlaxcaltecas habrían respondido. Pero al menos habríamos actuado.

En cambio, vimos cómo nuestro emperador empacaba sus cosas —o más bien, cómo los sirvientes lo hacían— y se mudaba voluntariamente a su propia prisión. Lo llamaron —traslado temporal por razones de seguridad —. Todo el mundo sabía que era cautiverio.

La siguiente semana fue de teatro del absurdo. Moctezuma seguía gobernando desde el palacio de Axayácatl. Recibía a sus consejeros, firmaba documentos, dictaba órdenes. Pero siempre con guardias españoles cerca. Siempre con Cortés teniendo la última palabra sobre quién podía entrar y salir. Siempre con la realidad innegable de que nuestro emperador era rehén en su propia capital.

Los nobles debatían qué hacer. Las reuniones secretas se multiplicaban. Algunos, como Cuitláhuac, querían atacar inmediatamente. Otros argumentaban que eso pondría en peligro la vida de Moctezuma. Otros más —y me avergüenza decir que yo estaba entre ellos— esperaban que la situación de alguna manera se resolviera sola, que los españoles se fueran voluntariamente, que Moctezuma recuperara su libertad mediante negociación.

Mientras tanto, Cortés consolidaba su control. Hizo que Moctezuma jurara lealtad al rey español en una ceremonia que fue tan humillante que

varios nobles lloraron abiertamente. Obligó a Moctezuma a exigir tributos, que ahora iban a arcas españolas. Instaló más cruces en más templos. Cada día empujaba un poco más, probando los límites de lo que podía salirse con la suya.

Y cada día, Moctezuma cedía un poco más.

Una noche lo visité en sus aposentos. Era inapropiado, probablemente traición por violar protocolo, pero ya nada importaba. Lo encontré mirando por la ventana hacia la ciudad que ya no gobernaba realmente.

—¿Por qué? —pregunté sin preámbulos—. ¿Por qué no da la orden de atacar?

Me miró con ojos cansados. Había envejecido años en semanas.

—Porque si ataco y perdemos, el imperio cae. Si ataco y ganamos pero Cortés muere, vendrán más españoles, más vengativos. Si no ataco, tal vez puedo... manejar esto. Contenerlo. Limitarlo —hizo una pausa—. O tal vez los dioses tienen un plan que no comprendo. O tal vez simplemente estoy asustado y racionalizando mi cobardía. Ya no sé distinguir.

Era la admisión más honesta que le había escuchado. Y también la más deprimente.

—Los dioses —dije lentamente— solo hablan a través de los sacerdotes. Y los sacerdotes solo dicen lo que usted quiere escuchar o lo que conviene a sus departamentos.

—Lo sé —respondió—. Siempre lo he sabido. Pero si no creo en los dioses, ¿en qué creo? ¿En qué se sostiene todo esto?

No tenía respuesta. Salí de sus aposentos sintiéndome peor que cuando entré.

Los meses que siguieron fueron de degradación gradual. Moctezuma jugaba a los juegos españoles —dados, naipes— y perdía oro. Asistía a misas católicas por cortesía. Recibía lecciones sobre el cristianismo de los sacerdotes españoles. Se convirtió en curiosidad, en rehén, en títere.

Y nosotros lo permitimos. Todos. Cada noble que no se rebeló, cada guerrero que no atacó, cada sacerdote que no exigió acción. Fuimos cómplices de nuestra propia humillación porque actuar parecía más peligroso que esperar.

Cortés había logrado lo imposible: capturar un imperio sin disparar un tiro en su capital. Lo había hecho mediante audacia, cálculo frío, y la explotación magistral de nuestra propia parálisis institucional.

El dios prisionero de los hombres. Ese era Moctezuma ahora. Y nosotros, que lo adorábamos y obedecíamos, éramos prisioneros de su prisión. Atrapados en un sistema que ya no funcionaba pero que nadie sabía cómo desmantelar.

La explosión llegaría pronto. Pero por ahora, vivíamos en la ficción de que todo estaba bien, de que esto era temporal, de que los dioses o la diplomacia o algún milagro nos salvarían.

Mentiras. Todas mentiras. Pero mentiras más cómodas que la verdad: habíamos perdido sin pelear, cedido sin resistir, y entregado nuestra ciudad a quinientos extranjeros porque nuestro líder había olvidado cómo decir no.

Capítulo 8

La noche más triste de los demás

La rebelión comenzó con música y terminó con una masacre, lo cual es apropiado porque así es como suelen terminar las celebraciones cuando hay armas de por medio y desconfianza acumulada. Era mayo de 1520, y los mexicas celebraban Tóxcatl, la fiesta de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Cortés había partido hacia la costa para lidiar con Pánfilo de Narváez —otro español enviado a arrestarlo, porque al parecer los españoles pasaban tanto tiempo traicionándose entre ellos como conquistando a otros— y había dejado al mando a Pedro de Alvarado.

Alvarado era todo lo que Cortés no era: impulsivo donde Cortés era calculador, nervioso donde Cortés era frío, y básicamente incompetente donde Cortés era brillante. Ponerlo a cargo de Tenochtitlan fue como dejar a un niño con antorcha en un almacén de pólvora y esperar que todo saliera bien.

Los preparativos para Tóxcatl habían comenzado semanas antes. Los sacerdotes insistieron en que debía celebrarse con toda la pompa tradicional, pero sin sacrificios humanos porque Alvarado había prohibido eso con el argumento de que ofendía al Dios cristiano. Como si un dios verdadero se ofendiera por la competencia. Los nobles mexicas aceptaron el compromiso. Habría danza, música, ofrendas de comida, pero nada de corazones arrancados. Parecía razonable.

Yo estaba presente cuando los líderes de la ceremonia fueron a pedir permiso formal a Alvarado. Era protocolo: pedías autorización al gobernante de turno para realizar festividades públicas. Alvarado escuchó la petición a través de Malintzin, que había regresado con Cortés pero había dejado a otros traductores. El nuevo intérprete era menos hábil, más literal, más propenso a crear malentendidos.

—Queremos celebrar nuestra fiesta tradicional —explicó el sacerdote principal—. Será en el patio del Templo Mayor. Habrá danza y cánticos. Nada que pueda ofender a los teules.

Alvarado asintió, pero sus ojos tenían esa calidad nerviosa de quien está constantemente esperando traición. Había rumores circulando —siempre había rumores— de que los mexicas planeaban un levantamiento durante la festividad. Rumores alimentados por tlaxcaltecas que odiaban a los mexicas, por españoles paranoicos, y por la atmósfera general de

tensión que había convertido Tenochtitlan en un barril de pólvora con todos sosteniendo cerillas.

—Pueden celebrar —dijo Alvarado—. Pero sin armas. Y con vigilancia española presente.

Se aceptaron los términos. La fiesta se programó para el 22 de mayo.

Ese día amaneció con ese tipo de belleza que la naturaleza muestra cuando está a punto de presenciar algo horrible, como si el universo tuviera sentido del drama. El cielo despejado, el aire fresco, el lago tranquilo. Los nobles se vistieron con sus mejores galas: tocados de plumas que habían costado fortunas, joyas de jade y turquesa, mantas tan finamente tejidas que parecían hechas de aire pintado.

Llegaron al patio del Templo Mayor al mediodía. Eran cientos: nobles, sacerdotes, guerreros de alto rango, todos desarmados como se había acordado. Comenzaron la danza ritual, moviéndose en círculos concéntricos al ritmo de tambores. Era hermoso de ver, incluso para alguien tan cínico como yo. Había algo en esos movimientos precisos, en esos cánticos antiguos, que conectaba con algo más grande que nosotros. Por un momento, todo parecía estar bien.

Los españoles rodeaban el patio. Alvarado los había posicionado en todas las salidas. Más tarde diría que era precaución. En el momento parecía amenaza.

Yo estaba en una galería elevada, mi posición habitual de observador profesional de desastres inminentes. Vi el momento exacto en que todo cambió. Uno de los capitanes españoles se acercó a Alvarado y le murmuró algo. Alvarado palideció —lo cual era notable en alguien ya pálido— y dio una orden. Los españoles cerraron las salidas del patio.

Los danzantes no se dieron cuenta inmediatamente. Seguían en su trance ritual, sus pasos siguiendo patrones de siglos. Entonces un español sacó su espada. Otro más hizo lo mismo. Y entonces, sin advertencia, sin provocación visible, atacaron.

Lo que siguió fue carnicería pura. Los nobles, desarmados, intentaron defenderse con las manos. Algunos corrieron hacia las salidas solo para encontrarlas bloqueadas. Otros trataron de escalar los muros. Los españoles los cortaban con la eficiencia de quien mata ganado. Las espadas de acero atravesaban las ropas ceremoniales como si fueran papel. La sangre salpicaba los muros blancos del templo creando patrones obscenos.

Los tambores siguieron sonando unos segundos después de que comenzara la matanza, un eco grotesco mientras los músicos eran asesinados en sus posiciones. Luego solo quedaron los gritos, el metal contra hueso, el sonido húmedo de cuerpos cayendo sobre charcos de su propia sangre.

Duró tal vez veinte minutos. Cuando terminó, había cientos de cuerpos en el patio. Los mejores y más nobles de Tenochtitlan, muertos mientras

celebraban a sus dioses con el permiso de sus captores. Las plumas de sus tocados flotaban en la sangre como pétalos en un estanque rojo.

Alvarado salió del patio con expresión que combinaba horror y determinación. Gritó algo sobre haber descubierto una conspiración, sobre haber salvado a los españoles de una emboscada. Nadie le creyó. Ni siquiera sus propios hombres parecían convencidos.

La ciudad explotó. Literalmente. Los tambores de guerra comenzaron a sonar desde todos los barrios. Los guerreros mexicas, que habían estado contenidos durante meses, finalmente tuvieron su pretexto para actuar. Las calles se llenaron de gente armada. Los canales se llenaron de canoas de guerra. El cielo se oscureció con flechas y piedras lanzadas por hondas.

Los españoles corrieron de regreso al palacio de Axayácatl y se encerraron. Cortés no estaba. Moctezuma era su rehén pero ya nadie le hacía caso. El pueblo había tomado el control, y el pueblo quería sangre española.

El sitio comenzó esa misma tarde. Miles de guerreros rodearon el palacio. Cortaron el suministro de agua. Bloquearon todas las salidas. Atacaban constantemente, día y noche, lanzando proyectiles, intentando quemar las puertas, gritando insultos y promesas de muerte dolorosa.

Yo me uní a los atacantes. No por heroísmo sino porque quedarse neutral ya no era opción. O estabas con los mexicas o estabas con los españoles, y los españoles acababan de masacrar a la nobleza desarmada. La decisión fue fácil.

Peleamos durante días. Los españoles respondían con arcabuces y ballestas desde las ventanas. Sus aliados tlaxcaltecas peleaban junto a ellos con la desesperación de quien sabe que la derrota significa muerte segura. Moctezuma intentó hablar con el pueblo desde una terraza, pidiendo calma. Le arrojaron piedras. Su propia gente lo rechazaba. Ya no era tlatoani, era símbolo de capitulación.

Entonces Cortés regresó. Había derrotado a Narváez —lo cual significaba que ahora tenía más soldados— y llegó a Tenochtitlan a marchas forzadas. Entró a la ciudad sin resistencia seria porque estábamos todos concentrados en el sitio del palacio. Reforzó a Alvarado y evaluó la situación.

Que era, en resumen, imposible. Los españoles estaban rodeados en una ciudad hostil, sin agua potable, con provisiones limitadas, y con un ejército de decenas de miles que quería su muerte. Cortés entendió que necesitaban salir. Pronto.

Pero salir significaba cruzar las calzadas, y las calzadas estaban vigiladas, con los puentes removidos. Los mexicas habían aprendido de errores pasados. Esta vez no habría escapatoria fácil.

Moctezuma murió en esos días. Las versiones varían sobre cómo. Los españoles dicen que las piedras de su propia gente lo mataron cuando

intentaba negociar. Nosotros decimos que los españoles lo asesinaron cuando dejó de ser útil. Probablemente nunca sabremos la verdad. Lo que importa es que murió como había vivido sus últimos meses: atrapado entre dos mundos, rechazado por ambos.

Cortés decidió intentar una fuga nocturna. La noche del 30 de junio, bajo lluvia que parecía diseñada dramáticamente por los dioses del teatro, los españoles salieron del palacio cargados con todo el oro que podían llevar. Habían construido un puente portátil para cruzar las brechas en la calzada. El plan era simple: salir en silencio, cruzar rápido, llegar a tierra firme antes del amanecer.

Falló espectacularmente.

Una mujer que fue a sacar agua al lago los vio. Gritó la alarma. Los tambores de guerra resonaron. En minutos, miles de guerreros en canoas rodeaban la calzada. Las flechas caían como lluvia mortal. El puente portátil se atascó en la primera brecha y lo abandonaron. Los siguientes españoles saltaban sobre los cadáveres de los anteriores para cruzar los huecos.

Yo estaba en una canoa, atacando desde el agua. Vi cómo los españoles caían al lago, hundidos por el peso de su armadura y el oro que no podían soltar ni siquiera para salvar sus vidas. Vi cómo los tlaxcaltecas morían junto a sus aliados extranjeros, fieles hasta el final. Vi cómo el lago se volvía rojo bajo la luz de las antorchas.

Los españoles llamarían a eso la Noche Triste. Como si fuera su tragedia. Como si fueran las víctimas. Olvidaron mencionar la matanza del Templo Mayor. Olvidaron contar que habían robado toneladas de oro. Olvidaron decir que su tristeza era por la codicia frustrada, no por los compañeros perdidos.

Para nosotros no fue noche triste. Fue noche de venganza, de justicia, de recuperar algo de dignidad. Habíamos expulsado a los invasores. Habíamos matado a cientos. El lago estaba lleno de sus cuerpos, sus armas, su oro robado. Era victoria.

O eso creímos.

Porque los españoles sobrevivientes siguieron huyendo. Y Cortés, con un remanente de su ejército pero con su determinación intacta, llegó a Tlaxcala. Y los tlaxcaltecas, en lugar de abandonarlo, reafirmaron su alianza. Y los refuerzos siguieron llegando de Cuba. Y el oro del lago se podía reemplazar, pero las alianzas anti-mexicas que Cortés había construido permanecían.

Habíamos ganado una batalla. Pero la guerra acababa de comenzar. Y esta vez, Cortés ya no tendría piedad ni paciencia. Esta vez vendría no a conquistar sino a destruir. No a negociar sino a arrasar.

La Noche Triste fue triste para ellos. Pero la verdadera tristeza, la tragedia real, era que no los habíamos destruido completamente.

Dejamos que algunos escaparan. Y esos algunos serían suficientes para regresar con un ejército mucho mayor y mucha menos compasión.

Celebramos nuestra victoria sin entender que habíamos firmado nuestra sentencia de muerte. El lago guardaba sus cadáveres esa noche. Pronto guardaría muchos más, y la mayoría serían nuestros.

Capítulo 9

El sitio de los despojos

Entre la Noche Triste y el regreso de Cortés pasaron diez meses que parecieron diez años. Elegimos a Cuitláhuac como nuevo tlatoani —finalmente alguien con instintos militares en lugar de filosóficos— y nos preparamos para la guerra que sabíamos vendría. O intentamos prepararnos, porque mientras afilábamos armas y reforzábamos defensas, llegó un enemigo contra el cual nuestros macahuitls no servían de nada: la viruela.

Llegó como llegan las peores cosas, silenciosamente, invisible, democrática en su crueldad. No distinguía entre nobles y plebeyos, entre guerreros y sacerdotes, entre valientes y cobardes. Las pústulas aparecían primero en la cara, luego se extendían por todo el cuerpo. La fiebre quemaba. Los enfermos deliraban. Y morían. Por miles. Por decenas de miles.

Cuitláhuac murió a los ochenta días de su gobierno. Lo reemplazó Cuauhtémoc, que tenía veinticinco años y heredó un imperio que ya era cadáver con pulso. Joven, valiente, idealista: exactamente el tipo de líder que consigues cuando los experimentados han muerto y solo quedan los que aún creen que el heroísmo puede sustituir la realidad.

La viruela hizo más por Cortés que todos sus cañones. Mientras nosotros enterrábamos muertos y cuidábamos moribundos, él estaba en Tlaxcala construyendo bergantines. Trece barcos diseñados para navegar el lago. Los construyeron en las montañas, los desarmaron, los transportaron en piezas, y los reensamblaron en las orillas del lago de Texcoco. Era un logro de ingeniería tan impresionante que hasta yo, que los odiaba, tuve que admirarlo.

El sitio comenzó el 26 de mayo de 1521. Cortés había regresado transformado: ya no era el aventurero improvisando, sino el general ejecutando un plan metódico. No más negociaciones, no más diplomacia, no más rehenes. Solo destrucción sistemática.

Tenía ochenta y seis caballos, dieciocho cañones, cientos de españoles, y lo más importante: decenas de miles de guerreros aliados. Tlaxcaltecas, texcocanos, cholultecas, totonacas. Todos los pueblos que habíamos oprimido durante décadas ahora venían a cobrarse. La ironía era tan perfecta que dolía físicamente.

Dividió su ejército en cuatro columnas que atacarían simultáneamente por las tres calzadas principales mientras los bergantines controlaban el lago. La estrategia era simple: avanzar metro por metro, destruir cada edificio capturado para que no pudiéramos usarlo en contraataques, rellenar los canales para que la caballería pudiera maniobrar, y estrangular la ciudad hasta que no quedara nada.

Funcionó. Dios, cómo funcionó.

Los primeros días peleamos con la furia de quien defiende su hogar. Recuperábamos de noche lo que perdíamos de día. Emboscábamos a los españoles en las calles estrechas. Lanzábamos piedras desde las azoteas. Los bergantines eran problema —cortaban nuestras líneas de suministro acuáticas— pero aún teníamos comida, agua, y sobre todo, orgullo.

El orgullo duró aproximadamente dos semanas.

Para junio, Cortés controlaba las tres calzadas y los españoles avanzaban hacia el centro de la ciudad. Cada casa que tomaban la demolían. Cada templo capturado lo quemaban. Cada canal lo rellenaban con escombros. Tenochtitlan, la ciudad más hermosa del mundo, se convertía en ruinas mientras aún estábamos viviendo en ella.

El agua se volvió problema. El acueducto de Chapultepec estaba cortado. El agua del lago era salobre, imbebible. Bebíamos de pozos contaminados y nos enfermábamos. Los que no habían muerto de viruela ahora morían de disentería. Los que sobrevivían ambas estaban demasiado débiles para pelear efectivamente.

Luego vino el hambre. Real. No el hambre de quien saltó una comida, sino el hambre que te hace considerar cosas impensables. Comíamos raíces, corteza de árboles, lagartijas si teníamos suerte. Los perros desaparecieron primero, luego las ratas. Hacia el final, hubo rumores de canibalismo. No puedo confirmarlos. Tampoco puedo negarlos. El hambre vuelve a la gente en algo que ya no reconoce su propia humanidad.

Yo peleé en las calles durante semanas. Vi cosas que el cerebro intenta olvidar pero que el cuerpo recuerda en las pesadillas. Vi cómo un español degollaba a un guerrero que acababa de rendirse. Vi cómo nuestros propios aliados —pueblos que habíamos considerado vasallos— masacraban mexicas con entusiasmo que rayaba en lo obsceno. Vi cadáveres apilados en las esquinas porque ya no teníamos energía para enterrarlos.

Lo peor era el olor. La ciudad olía a muerte. Cuerpos descomponiéndose bajo el sol, heridas infectadas, aguas estancadas, enfermedad. Era un olor que se metía en la ropa, en el cabello, en el alma. Años después todavía lo huelo a veces cuando cierro los ojos.

Cuauhtémoc peleó como héroe. Estaba en todas partes, animando, organizando, peleando en primera línea. Rechazó todas las ofertas de rendición de Cortés. Prometió victoria cuando ya era obvio que no

quedaba victoria posible. Mentía como buen líder, porque los líderes deben mentir cuando la verdad es insoportable.

Los españoles empleaban táctica que era efectiva pero espantosa: cada noche se retiraban a sus campamentos, descansaban, comían, curaban heridos. Cada mañana regresaban frescos para continuar la destrucción. Nosotros no podíamos retirarnos. Vivíamos en el campo de batalla. Dormíamos entre escombros. Peleábamos con heridas que nunca sanaban porque no había tiempo ni recursos para sanarlas.

Para julio, controlaban tres cuartas partes de la ciudad. Nos habían empujado al barrio de Tlatelolco, el último reducto. Estábamos rodeados por todos lados. Los bergantines patrullaban constantemente impidiendo cualquier escape por agua. Las opciones eran rendirse o morir. Cuauhtémoc elegía morir. El resto de nosotros simplemente seguíamos porque qué más quedaba.

Hubo momentos de absurdo en medio del horror. Recuerdo un día donde capturamos un caballo. Lo matamos, lo descuartizamos, y veinte hombres nos peleamos por la carne cruda como perros. Había sido guerrero, noble, persona con dignidad. Ahora era animal peleando por sobras. La degradación era completa.

En otro momento, encontré a un español muerto con una carta en su bolsillo. No podía leerla —estaba en su idioma— pero la guardé porque era papel. Papel limpio. Podías mirarla y recordar que existían cosas más allá de sangre y hambre y muerte. Todavía la tengo, amarillenta y manchada. Nunca supe qué decía.

Los sacerdotes seguían haciendo ceremonias, aunque ya sin víctimas para sacrificar. Prometían que Huitzilopochtli nos salvaría, que Quetzalcóatl regresaría, que los dioses tenían un plan. Nadie les creía pero todos asentíamos porque el ritual era lo único que quedaba de normalidad.

Cortés hizo una última oferta de rendición a principios de agosto. Envió mensajeros diciendo que si nos rendíamos ahora, habría clemencia. Los ancianos y las mujeres podrían irse en paz. Los guerreros serían juzgados pero no ejecutados sumariamente. Era oferta generosa viniendo de alguien que no necesitaba ser generoso.

Cuauhtémoc la rechazó. Yo estaba presente en la reunión donde se decidió. Los nobles debatieron. Algunos argumentaban que continuar era suicidio. Otros que rendirse era peor que la muerte. Cuauhtémoc escuchó todo y luego dijo:

—Mis antepasados me confiaron este imperio. No puedo ser yo quien lo entregue. Si debo morir, moriré como tlatoani. Si deben morir conmigo, morirán como mexicas. Pero no nos rendiremos.

Era discurso magnífico. También era condena de muerte para los miles que aún sobrevivían. Pero nadie votó en contra. ¿Cómo podías votar por

la rendición cuando el líder acababa de hacer de la resistencia una cuestión de honor?

El ataque final llegó el 13 de agosto de 1521. Los españoles y sus aliados entraron a Tlatelolco desde todos los ángulos. Ya no había defensa organizada, solo grupos desesperados peleando sin esperanza. Yo estaba en una azotea cuando vi a Cuauhtémoc intentar escapar en una canoa grande, probablemente para continuar resistencia desde otra base.

Un bergantín español lo interceptó. Vi cómo lo capturaron. Vi cómo el joven emperador bajaba la cabeza en derrota. Y en ese momento, todos los demás dejamos de pelear. Simplemente nos dejamos caer. Armas abandonadas. Cuerpos exhaustos. Almas vacías.

Cortés recibió a Cuauhtémoc con respeto. Le habló con cortesía. Le aseguró que sería bien tratado. Cuauhtémoc respondió con dignidad, pidiendo que lo mataran rápido. Cortés rechazó, diciendo que un guerrero tan valiente merecía vivir.

Mentira. Años después lo ejecutaría de todos modos, cuando dejara de ser útil políticamente.

La ciudad que capturaron ya no era ciudad. Era cementerio abierto. Cadáveres en las calles, en las casas, flotando en los canales. Edificios destruidos hasta los cimientos. Templos quemados. Palacios saqueados. El mercado de Tlatelolco, que había sido maravilla comercial, era campo de escombros y huesos.

Los sobrevivientes —tal vez cincuenta mil de los doscientos mil que habíamos sido— salieron de la ciudad en procesiones interminables. Mujeres con niños esqueléticos. Ancianos que habían sobrevivido viruela y hambre solo para ser expulsados de sus hogares. Guerreros que ya no podían caminar derecho. Todos siendo registrados por españoles y tlaxcaltecas buscando oro escondido, joyas, cualquier cosa de valor.

Yo salí el tercer día después de la caída. Me registraron, no encontraron nada porque no tenía nada, y me dejaron ir. Caminé sin rumbo por horas hasta que colapsé en algún lugar de la orilla. Me desperté días después en Texcoco, cuidado por gente que no conocía y que nunca supe por qué me ayudó.

El sitio había durado setenta y cinco días. Habíamos sido tan ordenados en morir que parecía ensayo de la república futura, donde todo estaría regulado incluso el colapso.

Cortés ordenó la reconstrucción inmediata. Sobre las ruinas de Tenochtitlan construirían la Ciudad de México. Usarían las mismas piedras, los mismos canales, la misma ubicación. Pero sería otra cosa completamente. Nueva España, la llamarían. Como si cambiarle el nombre borrara todo lo que había existido antes.

Y tal vez lo hizo. Tal vez el sitio no solo destruyó una ciudad sino toda una forma de ser, de pensar, de existir. Los que sobrevivimos éramos fantasmas en un mundo que ya no nos pertenecía ni nos quería.

El sitio de los despojos. Eso fue. Porque al final no quedó nada que valiera la pena saquear. Solo escombros, huesos, y memorias que nadie querría recordar pero que nadie podría olvidar.

Capítulo 10

Las ruinas del porvenir

Los años después de la caída se cuentan diferente según quién cuente. Los frailes los miden en bautismos masivos y templos destruidos. Los españoles en encomiendas distribuidas y tributos cobrados. Los que sobrevivimos los medimos en lo que perdimos: idioma que se olvida, costumbres que se prohíben, gente que desaparece.

La Ciudad de México se levanta sobre los huesos de Tenochtitlan con eficiencia que habría impresionado a nuestros arquitectos si no estuvieran casi todos muertos. Han construido su catedral exactamente adonde estaba el Templo Mayor, porque a los españoles les encanta ese tipo de simbolismo. Usan nuestras piedras, nuestras calzadas, nuestros canales. Es nuestra ciudad habitada por fantasmas que la recuerdan como fue.

Cortés se volvió marqués. El aventurero con deudas de Cuba ahora tiene título nobiliario, palacios en España y México, y suficientes encomiendas para ser más rico que algunos reyes menores. También tiene úlceras, insomnio, y la insatisfacción perpetua de quien conquistó todo y sigue sintiendo que no le dieron suficiente crédito. Escribe cartas al rey constantemente quejándose. Hay justicia poética en eso.

Los españoles trajeron sus instituciones y las instalaron como quien pone muebles en casa nueva sin preguntar si combinan con la decoración existente. Virreinato, audiencia, cabildos, corregidores, alcaldes mayores. Toda una burocracia diseñada para extraer valor de territorio conquistado mientras se documenta meticulosamente cada abuso en triplicado.

Nos conquistaron con la espada pero nos domesticaron con el papel sellado. Esa es la frase que sigo repitiendo porque resume todo mejor que discursos largos. Ahora hay formularios para todo. Para tributar, para casarse, para morirse. Especialmente para morirse, porque los españoles necesitan llevar registro de cuántos indios quedan para saber cuánto pueden exprimir antes de que se acabe el inventario.

Los frailes llegaron en oleadas. Franciscanos que predicaban pobreza mientras construían conventos magníficos. Dominicos que debatían teología mientras supervisaban encomiendas. Agustinos que llegaron tarde pero compensaron con fervor. Todos dedicados a salvarnos de nosotros mismos, que aparentemente era trabajo de tiempo completo.

No todos eran hipócritas. Conocí frailes genuinos que aprendieron náhuatl mejor que español, que documentaron nuestras historias, que se enfrentaron a encomenderos abusivos. Fray Bernardino de Sahagún pasó

décadas entrevistando ancianos, recolectando testimonios, preservando conocimiento que habría desaparecido sin él. Lo hacía para entender mejor qué debía destruirse, pero al menos lo preservó en el proceso.

Bautizan en masa. He visto jornadas donde quinientos indígenas reciben sacramento en una mañana, la mayoría sin entender qué está pasando más allá de que los hombres de túnicas oscuras les rocían agua y pronuncian palabras mágicas. Los viejos dioses no desaparecieron, se escondieron. Tonantzin se volvió Virgen de Guadalupe. Tláloc sigue trayendo lluvia pero ahora lo invocamos mediante San Isidro Labrador. El sincretismo no fue plan sino supervivencia.

La sociedad se organizó con precisión que habría envidiado cualquier sistema de castas anterior. Peninsulares arriba, los españoles nacidos en España con todos los privilegios. Criollos después, españoles nacidos aquí técnicamente iguales pero prácticamente subordinados. Mestizos en medio, creciendo constantemente, sin lugar claro en ningún mundo. Y abajo, muy abajo, nosotros: naturales, indios, vencidos.

Las repúblicas de indios suenan autónomas en papel. En práctica son mecanismos para facilitar cobro de tributo y reclutamiento de trabajo forzado. Tenemos gobernadores indígenas que responden a españoles que responden a otros españoles que responden al virrey que responde al rey que está tan lejos que podría ser personaje mitológico.

Las encomiendas son esclavitud con contrato. Un español recibe derecho de cobrar tributo y exigir trabajo de determinado número de indígenas, teóricamente a cambio de protegerlos y cristianizarlos. La protección consiste en no matarlos demasiado rápido. La cristianización consiste en obligarlos a ir a misa los domingos. Es sistema perfecto si tu definición de perfección incluye explotación institucionalizada.

La población colapsa. No lentamente, dramáticamente. Éramos millones. Ahora somos... menos. Mucho menos. Las epidemias siguen viniendo: sarampión en 1531, tifus en 1545, más viruela en 1563. Los pueblos se vacían. Los campos se abandonan. Las chinampas, esas maravillas de ingeniería agrícola que alimentaban millones, se llenan de maleza porque no queda nadie para cultivarlas.

Es genocidio involuntario, que de alguna manera es más obsceno que el deliberado. Morimos como efecto secundario de conquista, como daño colateral de ambición. Los demógrafos españoles llevan cuenta con fascinación morbosa. Escriben reportes sobre el colapso como quien documenta experimento científico: objetivo, desapasionado, monstruoso en su indiferencia.

Los sobrevivientes nos adaptamos. Aprendemos español suficiente para negociar, suficiente para trabajar, nunca suficiente para ser amenaza. Nos bautizamos con nombres cristianos: Juan, Pedro, Francisco, María. Sonamos ridículos pronunciándolos pero es precio de supervivencia.

Adoptamos ropa española cuando podemos pagarla. Vamos a misa. Confesamos pecados que no entendemos haber cometido. Fingimos.

Pero resistimos en pequeñeces. La comida sigue siendo nuestra. Tortillas, no pan. Chile, no pimienta. Chocolate, que ellos adoptaron con entusiasmo que habría sido cómico si no fuera trágico. El idioma español se llena de palabras náhuatl: tomate, aguacate, coyote, chocolate. Invadieron nuestra tierra pero su lengua lleva nuestras marcas. Son victorias pequeñas en guerra perdida.

Los mestizos son futuro aunque nadie quiera admitirlo. Hijos de violencia o de amor o de esa zona gris entre ambas que caracteriza conquistas. Son demasiado españoles para ser indígenas, demasiado indígenas para ser españoles. Pero crecen en número cada año. Algún día serán mayoría y tendrán que inventar identidad nueva. Será interesante si sobrevivo para verlo.

Vi a Malintzin una vez, años después. Procesión religiosa en la Ciudad de México. Iba vestida como dama española, joyas, vestidos importados. Me miró. Creo que me reconoció. Siguió caminando. No la juzgo. El pasado es peligroso cuando has construido vida nueva sobre sus ruinas.

Cuauhtémoc murió en 1525, ejecutado por Cortés en Honduras. La excusa fue conspiración. La verdad fue que seguía siendo símbolo de resistencia y los símbolos son peligrosos. Con su muerte terminó línea de tlatoanis. No más emperadores mexicas. Los nobles que quedan son funcionarios coloniales con títulos pomposos y poder nulo.

¿Y yo? Sobreviví volviéndome invisible. Aprendí español necesario. Acepté nombre cristiano que ya medio olvidé. Trabajo como escribano menor en administración colonial, traduciendo documentos, explicando costumbres que los funcionarios no entienden ni les importan. Es traición diaria. También es supervivencia diaria. He dejado de distinguir diferencia.

Por las noches escribo. No informes oficiales sino esto: memoria personal que nadie pidió pero que necesito sacar antes de que me pudra por dentro. La escribo en español porque náhuatl está muriendo y quiero que alguien entienda algún día. La escribo porque versión oficial me ahoga con su simplicidad mentirosa.

La historia oficial dice: españoles valientes trajeron civilización a salvajes. Es mentira conveniente. Legitima conquista, justifica presente, promete futuro mejor. Pero yo estuve ahí. Vi complejidad que historia oficial borra. Vi imperio sofisticado con problemas profundos. Vi invasores con suerte y aliados oportunos. Vi cómo chocamos y destruimos mutuamente hasta que quedó híbrido confuso que no es ni lo uno ni lo otro.

Los dioses murieron pero burócrata sigue vivo. No nos derrotaron solo militarmente. Nos derrotaron administrativamente. Nos enterraron en leyes, formularios, impuestos. Nos redujeron de civilización a dato

estadístico. De imperio a problema administrativo que debe ser procesado, archivado, olvidado.

Las ruinas del porvenir. Eso veo por ventana. Ciudad nueva sobre huesos viejos. Instituciones españolas operadas por manos indígenas. Dioses cristianos adorados con rituales que tienen ecos de sacrificios antiguos. Futuro construido sobre pasado que todos quieren olvidar pero que persiste en cada piedra.

No sé si esto es tragedia o comedia. Probablemente ambas. Lloramos mientras reímos, reímos mientras lloramos, seguimos porque detenerse es morir.

La historia continúa sin preguntarnos opinión. Los mestizos crecen en número. El español absorbe náhuatl. Las ciudades crecen sobre ruinas. La gente nace, sufre, muere, es reemplazada. El ciclo continúa con o sin nuestra comprensión.

Yo sigo escribiendo porque qué más me queda. Sigo documentando porque si no lo hago yo, versión oficial será única versión. Y versión oficial es mentira que sirve a vencedores.

Esta es mi versión. Complicada, contradictoria, incómoda. La del que no fue héroe ni traidor, solo testigo. La del que vio tragedia pero también absurdo. La del que entiende que ambas son ciertas simultáneamente.

Tenochtitlan cayó. México nació. Entre ambas, hay espacio enorme de dolor, adaptación, resistencia, olvido, memoria.

Pero aún no termino de contar. Aún tengo más que decir sobre todo esto, sobre lo que significa vivir en ruinas del mundo que fue, sobre qué se construye cuando todo lo conocido desaparece.

Eso vendrá después. Por ahora, esta parte de la historia cierra. La ciudad está reconstruida. El sistema está instalado. Los sobrevivientes sobreviven. Los muertos están muertos. Y yo sigo aquí, escribiendo, porque es lo único que sé hacer con el peso de haber visto demasiado.

Epílogo

La vela está por apagarse. Llevo horas escribiendo y mi mano ya no obedece como antes. La tinta también se acaba, diluida con agua para estirarla porque los escribanos menores no recibimos provisiones generosas. Afuera, en Texcoco, las campanas de la iglesia llaman a vísperas. Son las mismas campanas que fundieron con bronce de nuestros instrumentos ceremoniales. Todo se recicla en este mundo nuevo. Hasta el sonido de nuestro pasado sirve para convocar su presente.

He terminado. Diez cuadernos llenos de palabras en idioma que todavía me cuesta después de todos estos años. Una historia que nadie me pidió contar pero que necesitaba sacar de adentro antes de que me pudriera por dentro y me envenenara. Los apilaré con cuidado. Los envolveré en

tela encerada que robé del almacén de la administración. Los esconderé bajo las tablas sueltas del piso de mi celda, donde ya guardé otros documentos que nadie debe encontrar mientras yo respire.

Mañana me levantaré temprano, como siempre. Iré a mi trabajo en la oficina de traducción de la administración colonial. Traduciré documentos sobre tributos que los indígenas deben pagar, sobre repartimientos de trabajo forzado, sobre litigios de tierras que siempre favorecen a los españoles sin importar qué diga la evidencia. Fingiré que todo esto es normal. Sonreiré cuando deba sonreír. Asentiré cuando deba asentir. Seré invisible, útil, inofensivo.

Y pasado mañana haré lo mismo. Y al otro. Hasta que un día no me levante y alguien entre a mi celda y diga —Ah, murió el viejo ese, ¿cómo se llamaba?— Y nadie recordará porque ya nadie recuerda nombres de escribanos menores que pasaron vida entera traduciendo miseria ajena.

Pero estos papeles estarán aquí. Escondidos pero existentes. Esperando.

Tal vez los encuentre el próximo inquilino de esta celda dentro de cinco años cuando las tablas finalmente se pudran. Tal vez los descubra alguien demoliendo este edificio en cincuenta años. Tal vez permanezcan ocultos cien años hasta que un trabajador curioso meta mano donde no debe. O tal vez nunca los encuentren y se conviertan en polvo junto con los huesos del que los escribió.

No importa. Los escribí porque necesitaba escribirlos. Los escribí porque versión oficial me ahoga con su simplicidad mentirosa. Los escribí porque soy viejo, estoy solo, y los viejos solos escriben o se vuelven locos. A veces ambas cosas simultáneamente.

Alguien que lea esto en futuro —si alguien lo lee— se preguntará quién era yo realmente. Aquí está la respuesta: nadie importante. Fui caballero águila de mediana habilidad. Capturé suficientes prisioneros para pagar mis deudas pero nunca suficientes para ser rico. Fui espía involuntario, diplomático forzado, guerrero mediocre, sobreviviente afortunado. Mi mayor logro fue no morir cuando todos mis compañeros sí murieron. Mi segundo mayor logro es este manuscrito que nadie leerá.

No fui héroe. Tampoco fui traidor, aunque trabajar para administración colonial me convierte en algo parecido. Fui testigo, que es papel menos glorioso pero tal vez más honesto. Vi todo. Entendí poco. Sobreviví por suerte más que por mérito.

La historia que conté no tiene héroes puros. Cortés era hombre ambicioso con suerte extraordinaria y crueldad calculada. No demonio pero tampoco santo. Simplemente efectivo, que es más peligroso que ser malvado. Moctezuma era intelectual enfrentando problema que ningún intelectual podía resolver con pensamiento. No cobarde pero tampoco decidido. Paralizado por exceso de análisis cuando necesitaba acción.

Malintzin era sobreviviente en mundo que no le dejaba otra opción que sobrevivir. No traidora a su pueblo porque su pueblo la había vendido

primero. Simplemente práctica, que es lo que hace gente inteligente cuando todas las opciones son malas. Cuauhtémoc era joven idealista heredando imperio en ruinas. Peleó bien pero la batalla ya estaba perdida antes de empezar. El heroísmo no sustituye la realidad.

Y los tlaxcaltecas, los totonacas, todos los aliados de Cortés: no eran traidores colaborando con invasores. Eran pueblos hartos de hegemonía mexica tomando oportunidad que les ofrecieron. No podían saber que estaban facilitando no solo caída de los mexicas sino de todo su mundo. Hicieron apuestas razonables que resultaron catastróficas.

Todos hicimos lo que pudimos con lo que teníamos. Que no haya sido suficiente no nos hace monstruos. Solo nos hace humanos. Y los humanos son más peligrosos que monstruos porque los monstruos al menos son consistentes en su monstruosidad.

La tragedia fue real. Cientos de miles muertos por espada, hambre, enfermedad. Ciudad más hermosa del mundo reducida a escombros. Civilización milenaria destruida en meses. Conocimientos perdidos, idiomas muriendo, costumbres prohibidas. Todo eso pasó y fue horrible.

Pero comedia también fue real. Los malentendidos absurdos que decidieron batallas. Las decisiones que parecían brillantes y eran estúpidas. Las coincidencias imposibles que cambiaron destinos de imperios. Moctezuma esperando señales de dioses mientras Cortés simplemente actuaba. Nosotros rodeando en ciudad isla a quinientos españoles sin atacar decisivamente. Cholula siendo masacrada por traición que tal vez nunca existió.

La historia es ambas cosas. Quien cuente solo tragedia está romantizando. Quien cuente solo comedia está trivializando. La verdad es mezcla incómoda de ambas que hace difícil saber si reír o llorar así que terminas haciendo ambas.

No sé si lo que escribí vale algo. No sé si alguien lo leerá alguna vez. No sé si encontrarán útil tener perspectiva de quien no fue importante pero estuvo ahí. Tal vez solo soy viejo amargado reescribiendo historia para sentir que tuvo sentido. Tal vez estoy inventando cosas, memoria distorsionada por tiempo y resentimiento. Tal vez miento sin darme cuenta.

Pero hice lo mejor que pude. Conté lo que vi. Admití cuando no entendí. Reconocí cuando fui cómplice. No pretendí ser mejor de lo que fui. Eso tiene que valer algo, aunque sea solo para mí.

Afuera escucho pasos. El vigilante nocturno haciendo ronda. Pasará por mi puerta, verificará que no haya luz delatora de vela encendida después de hora permitida, seguirá adelante. Nunca revisa realmente. Es trabajo tedioso que hace con eficiencia mínima necesaria para cobrar salario. Entiendo el sentimiento.

Guardaré estos cuadernos ahora. Los envolveré, los ocultaré, seguiré con vida que me queda. No mucha, creo. Siento cansancio que no es solo de

edad sino de haber cargado estas memorias demasiado tiempo. Ahora que las escribí tal vez pueda descansar.

O tal vez no. Tal vez memorias son como fantasmas: escribirlas no las exorciza, solo las hace visible. Pero al menos ahora están fuera de mi cabeza y en papel. Pueden pudrirse sin llevarme con ellas.

Si alguien encuentra esto, si alguien lo lee, entienda lo siguiente: la conquista no fue encuentro de dos mundos. Fue choque, destrucción, nacimiento doloroso de algo nuevo que no es ni uno ni otro. Mestizaje no solo de sangres sino de instituciones, costumbres, idiomas, comidas, dioses. Híbrido confuso que seguimos siendo.

No hay redención en esta historia. No hay lección moral clara. No hay justicia cósmica. Solo hay gente tomando decisiones malas en circunstancias imposibles y luego viviendo —o muriendo— con consecuencias.

Los dioses murieron. Algunos dicen que no, que solo se transformaron, que Tonantzin sigue viva en Virgen de Guadalupe, que Tláloc sigue mandando lluvia bajo nuevos nombres. Tal vez. Pero si sobrevivieron lo hicieron volviéndose irreconocibles. Que es forma de morir también.

El burócrata sobrevivió. Esa es la verdadera lección. No importa qué imperio caiga, qué civilización colapse, qué lengua se pierda. Siempre habrá funcionarios llevando registros, cobrando impuestos, procesando formularios. La burocracia es más eterna que cualquier dios.

Y yo, Tlamixtequiliztli, caballero águila de mediana reputación y muchas deudas, testigo de apocalipsis, cómplice de supervivencia, escribano menor de administración colonial, seguiré procesando papeles hasta que el cuerpo diga basta.

Estas son mis memorias. Esta es mi versión. Complicada, contradictoria, incómoda. La del que no fue héroe ni villano, solo observador que participó porque no participar tampoco era opción.

La vela se apaga. La tinta se acabó. La historia está contada.

Ahora solo queda esperar. Esperar que alguien encuentre esto. Esperar que alguien entienda. Esperar que valga la pena haber sobrevivido para contarlo.

O no esperar nada. Que también es opción válida para viejo cansado que ya cumplió última tarea que se impuso.

Cierro estos cuadernos. Los envuelvo. Los escondo. Apago la vela.

Mañana me levantaré y seguiré fingiendo que todo es normal en mundo que dejó de serlo hace décadas. Traduciré documentos sobre explotación institucionalizada. Sonreiré a superiores. Seré útil e invisible.

Pero estas páginas estarán aquí. Testimonio de que alguien vio, alguien recordó, alguien se atrevió a escribir verdad incómoda que nadie quería escuchar.

Es suficiente. Tiene que serlo.

Buenas noches, Tenochtitlan que fuiste.

Buenas noches, México que eres.

Buenas noches, futuro que leerá esto o no lo leerá.

Me voy a dormir ahora. Por última vez o por una noche más. Veremos mañana.

Así termina la tragicómica conquista de México. No con batalla gloriosa ni rendición formal. Con viejo cansado escondiendo papeles y yéndose a dormir.

Que es, pensándolo bien, final apropiado para historia que nunca fue lo que pretendía ser.

FIN